



PATRIMONIO VIVO EN LAS FALDAS DEL CHIMBORAZO:

LA HISTORIA DE LOS HIELEROS DE LA PROVINCIA
DE BOLÍVAR

**GERMÁN PATRICIO SÁNCHEZ CHÁVEZ
JUAN PABLO TORRES CADENA
VERÓNICA MARIBEL ARCOS BÓSQUEZ
ALEXIS GABRIEL REINOSO HARO**

ISBN: 978-9907-0-0538-7

2025

PATRIMONIO VIVO EN LAS FALDAS DEL CHIMBORAZO: LA HISTORIA DE LOS HIELEROS DE LA PROVINCIA DE BOLÍVAR

AUTORES:

GERMÁN PATRICIO SÁNCHEZ CHÁVEZ

VERÓNICA MARIBEL ARCOS BÓSQUEZ

JUAN PABLO TORRES CADENA

ALEXIS GABRIEL REINOSO HARO



Este libro ha sido debidamente examinado y valorado en la modalidad doble par ciego con fin de garantizar la calidad científica.

©Grupo Editorial BLR
Universidad Estatal de Bolívar
Riobamba – Ecuador
Correo: publicaciones@grupoblrl.com
<https://grupoblrl.com/libros-investig>
REPOSITORIO



Sánchez, G.,Arcos, V.,Torres, J.,Reinos,A. (2025) Rostros del vih experiencias y reflexiones desde la enfermería. Grupo Editorial BLR.

© Germán Patricio Sánchez Chávez
Verónica Maribel Arcos Bósquez
Juan Pablo Torres Cadena
Alexis Gabriel Reinoso Haro

ISBN: 978-9907-0-0538-7

El copyright promueve la libertad de expresión, protege la diversidad de ideas y conocimiento, además apoya la libre expresión. Se prohíbe de manera rigurosa la producción o el almacenamiento de esta publicación, ya sea en su totalidad o en parte, está estrictamente prohibido por ley, incluyendo el diseño de la portada, así como su difusión a través de cualquiera de sus medios, ya sean electrónicos, mecánicos, ópticos, de grabación o incluso de fotocopia, sin permiso de los propietarios de los derechos de autor.

FILIACIONES DE LOS AUTORES

Germán Patricio Sánchez Chávez

Universidad Estatal de Bolívar

Correo Electrónico: gsanchez@ueb.edu.ec

ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-2906-2999>

Verónica Maribel Arcos Bósquez

Universidad Estatal de Bolívar

Correo Electrónico: varcos@ueb.edu.e

ORCID: <https://orci.or0000-0002-6949-6708>

Juan Pablo Torres Cadena

Universidad Estatal de Bolívar

Correo Electrónico: jtorres@ueb.edu.ec

ORCID: <https://orcid.org/0000-0001-5255-5444>

Alexis Gabriel Reinoso Haro

Universidad Estatal de Bolívar

Correo Electrónico: alexis.reinoso@ueb.edu.ec

ORCID: <https://orcid.org/0009-0006-5849-245X>



PRÓLOGO

El libro Patrimonio Vivo en las Faldas del Chimborazo: La historia de los hieleros de la provincia de Bolívar constituye un homenaje a la memoria, al trabajo y a la espiritualidad de un pueblo que ha sabido resistir al paso del tiempo manteniendo intacta su relación con la montaña y con los elementos de la naturaleza.

A través de sus páginas, se revela un legado que trasciende la geografía y se adentra en el corazón mismo de la identidad andina: los hieleros, hombres y mujeres de fe y esfuerzo, que durante generaciones ascendieron al majestuoso Chimborazo para extraer de su nieve el agua sagrada de la vida. En sus manos, el hielo no fue mercancía ni símbolo de sacrificio, sino manifestación de reciprocidad con la Pachamama, expresión de un equilibrio ancestral entre el ser humano y la montaña.

Esta obra, escrita con rigor académico y sensibilidad cultural, representa un hito en la producción intelectual de nuestra provincia. No solo rescata la voz de los comuneros de Quindihua, sino que la coloca en el lugar que le corresponde dentro del relato nacional. Frente al mito del “último hielero”, el texto nos recuerda que en Bolívar el hielo sigue vivo, en la palabra, en la fe y en las prácticas cotidianas de su gente.

Desde la Casa de la Cultura Ecuatoriana Benjamín Carrión, Núcleo de Bolívar, celebramos esta investigación como un aporte fundamental para la construcción de una memoria colectiva y descolonizada, que devuelve al pueblo su condición de sujeto histórico. La patrimonialización del oficio del hielo, más allá de su dimensión turística o económica, se erige aquí como un acto de justicia cultural:

reconocer que la historia también se escribe con las manos callosas de los trabajadores, con el sudor del páramo y con la esperanza que brota de la montaña.

La lectura de este libro nos invita a repensar el significado del patrimonio. No como una reliquia inmóvil, sino como una energía viva que fluye entre las generaciones, que educa, que inspira y que proyecta el futuro de nuestras comunidades.

El Chimborazo, eterno guardián de la región, sigue siendo testigo del vínculo sagrado entre el hombre y la naturaleza; y Bolívar, con su fuerza y su silencio, continúa siendo cuna de identidad y resistencia. Como institución cultural comprometida con la defensa de los saberes andinos y la producción intelectual de nuestra tierra, reafirmamos nuestro apoyo a este tipo de investigaciones que unen la academia con la comunidad, la ciencia con la espiritualidad y la palabra escrita con la memoria viva de los pueblos.

Patrimonio Vivo en las Faldas del Chimborazo no solo recupera una historia: la dignifica y la devuelve al pueblo, donde siempre debió permanecer. Su lectura es, sin duda, un acto de gratitud hacia quienes nos enseñaron que el hielo no se derrite cuando se guarda en la memoria, y que la identidad se fortalece cada vez que un pueblo se reconoce en su pasado para proyectarse al porvenir.

Mgs. Rómel Ocampo

Director de la Casa de la Cultura Ecuatoriana Benjamín Carrión,
Núcleo de Bolívar

ÍNDICE

PRÓLOGO.....	i
---------------------	----------

ÍNDICE.....	iii
--------------------	------------

INTRODUCCIÓN	xi
---------------------------	-----------

CAPÍTULO I.....	13
------------------------	-----------

1 EL CHIMBORAZO Y LA MEMORIA DE LOS HIELEROS	
13	

1.1 El Chimborazo como montaña sagrada y eje cultural de los Andes Centrales.....	13
---	----

1.1.1 La sacralidad de la montaña	14
---	----

1.1.2 El Chimborazo en la cartografía simbólica de los Andes	15
--	----

1.1.3 La montaña en la construcción de la identidad andina	16
--	----

1.1.4 La dimensión estética y mítica del Chimborazo	17
---	----

1.1.5 El Chimborazo como eje cultural contemporáneo	18
---	----

1.2 Territorialidad y ecosistemas de la provincia de Bolívar	19
--	----

1.2.1 Bolívar: territorio de altura y diversidad.....	19
---	----

1.2.2 Los cinco pisos climáticos y su relación con la vida	21
--	----

1.2.3 Ecosistemas, biodiversidad y sostenibilidad	23
---	----

1.2.4 Territorialidad, cultura y memoria	24
1.2.5 Riesgos ambientales y vulnerabilidad territorial.....	25
1.2.6 La mirada comunitaria del territorio	26
1.3 La reserva de producción faunística del Chimborazo y la ruta ancestral del Sara Kapak Ñan	27
1.3.1 La reserva de producción faunística del Chimborazo: origen y propósito.....	28
1.3.2 Ecología y biodiversidad del Chimboraz	29
1.3.3 El Chimborazo como paisaje cultural	30
1.3.4 El Sara Kapak Ñan: camino ancestral del maíz	31
1.3.5 Convergencia entre patrimonio natural y cultural.....	32
1.3.6 Amenazas y desafíos de conservación	33
1.3.7 El Chimborazo como eje del turismo patrimonial sostenible	34
1.4 El hielo como símbolo: entre la sacralidad y la supervivencia ..	35
1.4.1 El hielo en la cosmovisión andina: materia de los dioses	36
1.4.2 El oficio del hielo: trabajo, fe y comunidad.....	37
1.4.3 El hielo como metáfora de la memoria y el tiempo	38
1.4.4 El hielo como frontera entre lo sagrado y lo profano.....	39

1.4.5	La desaparición del hielo: una pérdida material y espiritual.....	40
1.4.6	El hielo en la contemporaneidad: de la tradición al patrimonio.	41
1.4.7	El hielo como patrimonio vivo.....	42
1.4.8	Reflexión final: el hielo, espejo del alma andina	42
CAPÍTULO II.....		44
2	OFICIO Y RESISTENCIA: LA HISTORIA VIVA DE LOS HIELEROS DE BOLÍVAR	44
2.1	Orígenes del oficio del hielo en los Andes Centrales.....	44
2.1.1	El hielo como recurso sagrado en el mundo prehispánico	45
2.1.2	Las caravanas del Chimborazo y las rutas del intercambio	46
2.1.3	El oficio del hielo durante la época colonial.....	47
2.1.4	El hielero en la República: continuidad y cambio	48
2.1.5	Simbolismo y trabajo: del ritual a la supervivencia	50
2.2	Quindihua y las familias herederas del hielo	51
2.2.1	Quindihua: territorio de altura y memoria	52
2.2.2	Las familias del hielo: genealogías y herencia.....	53
2.2.3	La jornada del hielero: entre la devoción y el sacrificio	54
2.2.4	La comunidad como estructura de solidaridad.....	55

2.2.5 Los significados del hielo en la vida cotidiana	56
2.2.6 Mujeres del hielo: custodias de la tradición	57
2.2.7 Transmisión del conocimiento y memoria intergeneracional	58
2.3 Transformaciones del oficio: modernidad, crisis y resiliencia...	59
2.3.1 El impacto de la modernidad: del hielo natural al hielo industrial	60
2.3.2 Cambios sociales y migración: el hielo en la memoria del ausente	61
2.3.3 La crisis ecológica: el retroceso del glaciar	62
2.3.4 La imagen de Baltazar Ushca y el mito del “último hielero	64
2.3.5 Resiliencia y adaptación: los hieleros ante la modernidad.....	65
2.3.6 Entre la nostalgia y la esperanza: la memoria como resistencia	66
2.4 Memoria, identidad y transmisión: los hieleros como patrimonio vivo.....	67
2.4.1 La memoria del hielo: entre la tradición y la reinvención	68
2.4.2 Patrimonio vivo: del oficio a la identidad colectiva.....	69
2.4.3 Educación y transmisión intergeneracional	70
2.4.4 Turismo comunitario y memoria participativa.....	71
2.4.5 Arte, memoria y nuevas narrativas.....	72

2.4.6 Políticas de salvaguardia y proyección institucional	73
2.4.7 El hielo como pedagogía del equilibrio	74
CAPÍTULO III	76
3 DE “EL ÚLTIMO HIELERO” A LOS HIELEROS DE BOLÍVAR.....	76
3.1 Quindihua: cultura y continuidad en la extracción del hielo.....	76
3.1.1 Quindihua: territorio de altura y pertenencia	77
3.1.2 La montaña sagrada y el valor espiritual del hielo.....	77
3.1.3 Vida comunitaria y economía del equilibri	78
3.1.4 Las prácticas rituales y el calendario agrícola.....	79
3.1.5 De oficio a símbolo patrimonial.....	80
3.2 Testimonios de continuidad.....	81
3.2.1 Memoria oral: la voz de los mayores	82
3.2.2 Transmisión oral e intergeneracional del conocimiento.....	83
3.2.3 Celebraciones y ritualidad del hielo	84
3.2.4 Continuidad simbólica y resistencia cultural	85
3.3 Identificación etnográfica de los seis hieleros de Bolívar.....	86
3.3.1 Caracterización etnográfica de los hieleros de Bolívar.....	87

3.4	Interpretación cultural y conclusiones	104
3.4.1	El significado actual de ser hielero de Bolívar.....	105
3.4.2	La continuidad del oficio como resistencia simbólica	106
3.4.3	La comunidad como portadora de patrimonio vivo	107
3.4.4	La identidad provincial y la reivindicación del legado del hielo	108
3.5	Conclusión general del capítulo	109
CAPÍTULO IV:.....		111
4	LA IDENTIDAD COMO PATRIMONIO VIVO Y REIVINDICACIÓN PROVINCIAL	111
4.1	De la memoria al reconocimiento: el proceso de patrimonialización del hielo	111
4.1.1	El oficio del hielo como expresión de patrimonio vivo	112
4.1.2	De la práctica ancestral al reconocimiento institucional.....	113
4.1.3	El Camino Histórico de los Hieleros: patrimonio territorial y simbólico	115
4.1.4	La participación comunitaria en la construcción del patrimonio	116
4.1.5	De la memoria colectiva a la identidad provincial	117

4.2	Educación patrimonial y transmisión intergeneracional	118
4.2.1	La educación patrimonial como eje de continuidad cultural ...	119
4.2.2	La Universidad Estatal de Bolívar y la pedagogía del territorio	120
4.2.3	Los jóvenes como nuevos guardianes del hielo	121
4.2.4	El arte, la música y el teatro como formas de transmisión.....	123
4.2.5	La mujer como educadora y portadora de la memoria.....	124
4.2.6	Síntesis interpretativa	125
4.3	Turismo, desarrollo local y sostenibilidad cultural	126
4.3.1	El turismo como vehículo del patrimonio vivo.....	126
4.3.2	Evaluación del potencial turístico del camino histórico de los Hieleros	127
4.3.3	Diseño de facilidades turísticas y sostenibilidad.....	129
4.3.4	Turismo comunitario: identidad, economía y participación.....	130
4.3.5	Retos y proyecciones hacia la sostenibilidad cultural.....	131
4.4	Reivindicación provincial y proyección del patrimonio bolivarense	133
4.4.1	De “el último hielero” a los hieleros de Bolívar: una nueva narrativa patrimonial	134

4.4.2 Bolívar como territorio de memoria y patrimonio vivo	135
4.4.3 Estrategias de posicionamiento cultural y turístico.....	136
4.4.4 El Chimborazo como eje de integración regional	137
4.4.5 El futuro del patrimonio bolivarenses: educación, innovación y comunidad.....	138
BIBLIOGRAFÍA	140

INTRODUCCIÓN

El libro Patrimonio Vivo en las Faldas del Chimborazo: La historia de los hieleros de la provincia de Bolívar es el resultado de un proceso de investigación, diálogo comunitario y reflexión académica orientado a reconstruir y visibilizar la memoria colectiva de los hombres y mujeres que, durante generaciones, mantuvieron viva la tradición del hielo en los Andes centrales del Ecuador.

Más que una crónica etnográfica, esta obra propone una lectura integral del fenómeno cultural de los hieleros, abordando sus dimensiones históricas, simbólicas y territoriales. A través de un enfoque interdisciplinario que combina la antropología, el turismo, la educación y la gestión cultural se demuestra que el oficio del hielo no ha desaparecido, sino que se mantiene vigente en la memoria, la fe y las prácticas comunitarias de la provincia de Bolívar.

Durante mucho tiempo, la narrativa nacional redujo esta historia a la figura del “último hielero del Chimborazo”. Sin embargo, el presente libro busca superar esa mirada individualizada y reivindicar la participación de las comunidades bolivarenses que, desde el silencio y la resistencia, conservaron una sabiduría ancestral basada en la reciprocidad, la espiritualidad y el respeto a la montaña.

La estructura del libro responde a un recorrido ascendente, tanto geográfico como simbólico. El Capítulo 1 contextualiza el territorio del Chimborazo y su relación espiritual con las comunidades andinas; el Capítulo 2 profundiza en el oficio y la resistencia de los hieleros de Bolívar; el Capítulo 3 contrasta el mito del “último hielero” con la

evidencia etnográfica de continuidad cultural en Quindihua; y el Capítulo 4 analiza cómo la memoria del hielo se transforma en patrimonio vivo, educación y turismo sostenible.

Cada capítulo combina rigor académico con sensibilidad humana, integrando la voz de los comuneros y la interpretación de los investigadores. La narrativa invita a reflexionar sobre la importancia del patrimonio no como un objeto estático, sino como una práctica viva que se reinventa en cada generación.

El libro también representa un testimonio institucional del compromiso de la Universidad Estatal de Bolívar (UEB) y de la carrera de Turismo y Hotelería con la investigación aplicada, la vinculación social y la valorización de los saberes locales.

En síntesis, Patrimonio Vivo en las Faldas del Chimborazo invita a mirar la montaña no como paisaje distante, sino como fuente de vida, memoria e identidad. Los hieleros de Bolívar con sus gestos, su fe y su palabra encarnan la esencia del patrimonio vivo: un legado que se conserva en la comunidad, en la enseñanza y en la espiritualidad del trabajo. El Chimborazo, montaña sagrada de los Andes centrales, continúa siendo testigo de este vínculo entre el ser humano y la naturaleza. Y Bolívar, tierra de hieleros y de memoria, nos recuerda que el hielo puede derretirse, pero la historia que guarda seguirá intacta en el corazón de su gente.

CAPÍTULO I

1 EL CHIMBORAZO Y LA MEMORIA DE LOS HIELEROS

1.1 El Chimborazo como montaña sagrada y eje cultural de los Andes Centrales.

El Chimborazo, ubicado en el corazón de los Andes ecuatorianos, no es únicamente una elevación geográfica; es una entidad simbólica, espiritual y cultural que ha moldeado la identidad de los pueblos que habitan a sus faldas. Desde tiempos prehispánicos, esta montaña ha sido entendida como un Apu, es decir, una deidad protectora y fuente de vida. Su presencia domina el horizonte y la memoria colectiva, constituyéndose en el eje espiritual de los Andes Centrales y en el punto de convergencia entre el cosmos, la tierra y el ser humano.

Para los pueblos andinos, el Chimborazo no se contempla: se venera, se dialoga con él, se teme y se agradece. Su silueta nevada ha sido inspiración de relatos, mitos y rituales, pero también escenario de oficios ancestrales como el de los hieleros, quienes durante generaciones ascendieron sus laderas para extraer bloques de hielo destinados a los mercados locales. En esta relación entre el hombre y la montaña se configura una cosmovisión donde la naturaleza no es un objeto de explotación, sino un sujeto con quien se establece reciprocidad y respeto (García-García et al., 2020).

El presente apartado busca explorar el Chimborazo como montaña sagrada, su papel como centro de equilibrio cultural y simbólico de la región interandina, y la forma en que esta concepción se mantiene viva

en la memoria de los pueblos de la provincia de Bolívar, particularmente entre los hieleros y sus descendientes.

1.1.1 La sacralidad de la montaña

En la cosmovisión andina, las montañas - o apus - son seres tutelares dotados de energía espiritual (camay) que protegen a las comunidades y garantizan el equilibrio natural. El Chimborazo, por su majestuosidad y altura, ha ocupado un lugar privilegiado entre los montes sagrados del Ecuador, junto al Tungurahua y al Cotopaxi. Sin embargo, a diferencia de otros volcanes asociados al fuego y a la destrucción, el Chimborazo se vincula con la pureza, la fertilidad y el agua, elementos vitales para la supervivencia agrícola y espiritual (Falconi Diego, 2015).

Diversos mitos recogidos en la tradición oral de Bolívar y Chimborazo narran que el nevado es “padre del agua”, esposo de la Mama Tungurahua y guardián de los hielos eternos. Los pueblos antiguos creían que sus glaciares alimentaban las vertientes que irrigaban los valles y daban vida a las cosechas. Así, el hielo del Chimborazo no era simple materia, sino una sustancia sagrada portadora de la fuerza vital de los dioses. De allí que la labor de los hieleros quienes extraían el “aliento del Apu” haya sido históricamente revestida de respeto y ritualidad.

Según el Estudio Etnográfico de García Yadira (2019) los comuneros consideraban que el Chimborazo “respira” y que su corazón late en los truenos que anuncian lluvia. Subir a su cumbre implicaba pedir permiso mediante ofrendas de maíz, flores y aguardiente, prácticas que revelan la vigencia de un sistema de reciprocidad (ayni) entre humanos y

naturaleza. En ese sentido, el Chimborazo se constituye como un espacio de comunicación entre el mundo material (kay pacha) y el espiritual (hanan pacha), donde el trabajo y el rito se funden en un mismo acto de equilibrio.

1.1.2 El Chimborazo en la cartografía simbólica de los Andes

Más allá de su relevancia local, el Chimborazo posee un valor panandino que trasciende fronteras geográficas y temporales. Desde la mirada de la geografía cultural, se le reconoce como el punto más cercano al sol desde el centro de la Tierra, una condición que refuerza su dimensión mítica como “montaña solar”. Esta característica física ha sido interpretada por los pueblos indígenas como una manifestación de su cercanía con lo divino, lo que explica su reiterada presencia en rituales agrícolas y fiestas del calendario solar, como el Inti Raymi y el Pawkar Raymi (Tuaza Castro, 2018).

Durante la época preincaica, el Chimborazo formaba parte de una red de montañas sagradas conectadas por caminos rituales, posteriormente integrados al Qhapaq Ñan, o camino del Inca. Esta red no solo articulaba territorios, sino que también estructuraba la espiritualidad andina. En este contexto, el Chimborazo era considerado un centro de energía cósmica, un nodo que unía el cielo con la tierra y que guiaba las peregrinaciones hacia los espacios de ofrenda y comunión.

El investigador Falconi Diego (2015) señala que en las representaciones literarias y cinematográficas, el Chimborazo aparece como metáfora del tiempo congelado, una frontera entre lo humano y lo divino, entre el pasado ancestral y la modernidad. En ese sentido, los hieleros se

convierten en mediadores entre mundos, guardianes de un conocimiento que desafía la lógica del progreso y rescata una visión sagrada del trabajo.

1.1.3 La montaña en la construcción de la identidad andina

El Chimborazo ha sido y continúa siendo un referente identitario. Su imagen aparece en el escudo nacional del Ecuador como símbolo de fortaleza, independencia y origen. Sin embargo, más allá de su representación heráldica, la montaña encarna la memoria de las comunidades indígenas y campesinas que han vivido en su entorno durante siglos.

En la provincia de Bolívar, las comunidades de Quindihua, Salinas y La Moya mantienen una relación íntima con el nevado. En sus relatos, se habla del Chimborazo como un “taita” (padre), que protege a sus hijos y castiga a quienes lo ofenden. Esta personificación del paisaje refuerza la idea de que el territorio no es una simple extensión física, sino un espacio de pertenencia y espiritualidad.

Tuaza Castro (2018) explica que la identidad de los pueblos de la sierra central se ha forjado a partir de la memoria del territorio y la continuidad de sus prácticas productivas y rituales. En las comunidades altas de Bolívar, el trabajo agrícola, las mingas, las celebraciones patronales y las caminatas hacia el Chimborazo son expresiones de una identidad viva que entrelaza naturaleza y cultura.

En este entramado simbólico, los hieleros ocupan un lugar particular. Su oficio, más que una actividad económica, constituye un acto de

reafirmación cultural. Cada ascenso al nevado implica un diálogo con la montaña, un pedido de permiso al Apu y una manifestación de resistencia frente a la homogeneización cultural contemporánea. Por ello, la memoria de los hieleros de Bolívar debe entenderse no solo como una tradición laboral, sino como un lenguaje espiritual heredado, una forma de comunicar respeto hacia la naturaleza y hacia los ancestros.

1.1.4 La dimensión estética y mítica del Chimborazo

Desde la mirada estética y simbólica, el Chimborazo ha sido interpretado como una presencia viva que inspira narrativas, canciones, poemas y rituales. En la literatura ecuatoriana y en las crónicas coloniales, la montaña aparece como un ser omnipresente, asociado a la grandeza de la naturaleza y al espíritu indomable de los pueblos andinos.

Falconi Diego (2015) analiza cómo la imagen del hielo en las obras filmicas y literarias como *Los Hieleros del Chimborazo* y *Baltazar Ushca*, el tiempo congelado representa una metáfora de la congelación de la memoria indígena, pero también de su resistencia. El hielo, como extensión del Apu, conserva historias, voces y tiempos detenidos que los hieleros reactivan cada vez que cortan un bloque y lo llevan al valle. Así, cada trozo de hielo se transforma en un fragmento de historia que desciende hacia la vida cotidiana.

La estética del paisaje andino no se limita a lo visual: incluye sonidos, aromas, silencios y emociones que configuran una experiencia sensorial de lo sagrado. Subir al Chimborazo no es una simple travesía física, sino una forma de entrar en comunión con el cosmos. Esta experiencia, que aún hoy realizan algunos descendientes de hieleros en Bolívar,

constituye una práctica patrimonial viva que trasciende el tiempo y se convierte en símbolo de continuidad cultural.

1.1.5 El Chimborazo como eje cultural contemporáneo

En el contexto actual, el Chimborazo se ha convertido en un **emblema del turismo cultural y ecológico**. Sin embargo, el desafío radica en integrar este proceso de valorización sin despojarlo de su dimensión espiritual. El *PDyOT 2024–2028 del Gad Bolívar (2024)* reconoce al Chimborazo como un recurso estratégico para el desarrollo sostenible, pero advierte que su gestión debe basarse en el respeto a las comunidades que lo habitan y en la conservación de su memoria simbólica.

En este marco, la historia de los hieleros se presenta como una oportunidad para **reconstruir el vínculo entre patrimonio natural y patrimonio inmaterial**. La montaña no solo provee recursos, sino que inspira prácticas sociales, narrativas y formas de vida. De allí que el Chimborazo deba entenderse como un **paisaje cultural integral**, donde confluyen elementos ecológicos, espirituales y sociales.

La patrimonialización del Chimborazo, vista desde una perspectiva intercultural, debe reconocer la voz de los pueblos que aún mantienen una relación ritual con el nevado. En ellos pervive la convicción de que el Chimborazo no está dormido ni muerto: **está vivo, respira, conversa y enseña**. Y mientras existan comunidades que lo escuchen, el Apu seguirá siendo eje de equilibrio y símbolo de identidad para los Andes Centrales.

1.2 Territorialidad y ecosistemas de la provincia de Bolívar

Hablar del Chimborazo y de los hieleros implica mirar más allá de la montaña: comprender el territorio que le rodea, sus climas, sus comunidades y sus formas de vida. La provincia de Bolívar, enclavada en el corazón de la Sierra Central del Ecuador, es una síntesis viva de los Andes. Su diversidad ecológica, su compleja geografía y la sabiduría ancestral de sus pobladores conforman un entramado territorial en el que la naturaleza y la cultura se encuentran inseparablemente unidas.

En este sentido, la territorialidad no puede entenderse solo como un límite político-administrativo, sino como un espacio vivido y simbólico, donde los ecosistemas, los saberes tradicionales y las prácticas productivas se articulan en una misma historia. Bolívar es una provincia pequeña en extensión, pero enorme en diversidad y significados. Sus páramos, bosques, ríos y quebradas son testigos de siglos de coexistencia entre el ser humano y la montaña.

El presente apartado busca analizar el territorio de la provincia de Bolívar como sistema ecológico, social y cultural, resaltando los ecosistemas que la componen y la manera en que estos influyen en la identidad y los modos de vida de las comunidades que, generación tras generación, han mantenido una relación simbiótica con el Chimborazo y sus recursos.

1.2.1 Bolívar: territorio de altura y diversidad

La provincia de Bolívar se ubica en el centro del Ecuador, entre las estribaciones occidentales de la cordillera de los Andes. Limita al norte

con Cotopaxi, al este con Tungurahua, al sur con Chimborazo y al oeste con Guayas y Los Ríos. Su capital, Guaranda, se levanta a 2.668 metros sobre el nivel del mar, en un valle rodeado de montañas y quebradas que forman un paisaje de notable belleza geográfica y simbólica.

De acuerdo con el PDyOT Provincial 2024–2028, Bolívar se caracteriza por su topografía accidentada, con alturas que oscilan entre los 200 y los 6.310 metros sobre el nivel del mar. Este gradiente altitudinal le otorga una de las mayores diversidades de pisos climáticos del país, lo que explica la coexistencia de múltiples ecosistemas y actividades humanas en un espacio relativamente reducido.

Desde los páramos helados del Chimborazo hasta los bosques húmedos de Facundo Vela y Las Naves, Bolívar condensa en su geografía los contrastes del Ecuador andino.

Esta diversidad geográfica se traduce en una profunda riqueza agrícola, cultural y biológica. Los comuneros de las zonas altas viven en una constante adaptación a las condiciones climáticas extremas, donde la altitud determina no solo los cultivos, sino también las cosmovisiones. En cambio, las comunidades intermedias y bajas desarrollan sistemas agroforestales mixtos y formas de economía solidaria basadas en la complementariedad y el trueque. Así, la territorialidad bolivarense se organiza según un principio de equilibrio ecológico y cultural que refleja la lógica ancestral del ayllu y del pachakutik: un orden cíclico entre el hombre y la naturaleza.

1.2.2 Los cinco pisos climáticos y su relación con la vida

Bolívar, según la clasificación ecológica del Instituto Nacional de Meteorología e Hidrología (INAMHI, 2025) , posee cinco pisos climáticos que determinan los ecosistemas y las formas de vida locales. Cada uno constituye un microcosmos donde se expresan relaciones ecológicas y culturales singulares.

- **Páramo alto andino (4.000–6.300 m s.n.m.)**

Dominado por frailejones, pajonales y líquenes, es el territorio del Chimborazo y sus hieleros. En este ecosistema se generan las fuentes de agua que alimentan las cuencas de los ríos Chimbo y Guaranda. Es un espacio sagrado y de conservación, donde se articulan los significados de pureza y espiritualidad. Aquí, la vida humana es limitada, pero las comunidades de Quindihua mantienen aún prácticas rituales vinculadas al hielo y a la recolección de pastos medicinales.

- **Piso alto montano (3.000–4.000 m s.n.m.)**

Incluye zonas como Salinas de Guaranda, donde se desarrolla un modelo ejemplar de turismo comunitario y economía solidaria. Los suelos volcánicos y el clima frío permiten la producción de tubérculos, granos andinos y pastos naturales. Las comunidades organizan su vida en torno al ciclo agrícola y las mingas comunales, preservando una fuerte identidad rural.

- **Piso templado andino (2.000–3.000 m s.n.m.)**

Comprende los valles interandinos de Guaranda, San Luis y Facundo Vela. Es el espacio más densamente poblado, con un clima benigno y suelos fértiles. Aquí convergen las redes de comercio, educación y servicios, pero también se mantiene un vínculo ancestral con el agua y los cerros. Las festividades religiosas, como el Carnaval de Guaranda, expresan la sincretización entre lo sagrado y lo agrícola.

- **Piso subandino (1.000–2.000 m s.n.m.)**

Corresponde a las laderas húmedas y boscosas del occidente provincial, donde predominan los cafetales, platanales y bosques secundarios. Este ecosistema constituye una zona de transición ecológica y cultural, donde confluyen migrantes serranos y prácticas agrícolas amazónicas. La deforestación y la expansión agrícola son actualmente sus principales amenazas.

- **Piso tropical bajo (200–1.000 m s.n.m.)**

En los cantones Las Naves y Echeandía se extiende un paisaje cálido, de gran biodiversidad, con bosques tropicales y ríos caudalosos. La vida aquí gira en torno al cacao, el maíz y la ganadería, aunque en los últimos años el turismo comunitario ha comenzado a desarrollarse como alternativa económica. Este piso climático complementa la cadena ecológica del territorio, cerrando el ciclo hídrico que se origina en los glaciares del Chimborazo.

La coexistencia de estos pisos demuestra que la diversidad biogeográfica de Bolívar es la base de su identidad cultural. Cada altitud define un tipo de relación con la tierra, un repertorio de saberes y una manera de nombrar al mundo.

1.2.3 Ecosistemas, biodiversidad y sostenibilidad

Los ecosistemas de Bolívar conforman una red ecológica compleja, interdependiente y frágil. En la zona de páramo, los musgos y pastos altos actúan como esponjas naturales que regulan el ciclo hidrológico y garantizan el suministro de agua a las zonas bajas. Sin embargo, el (Gad Bolívar, 2024) advierte que la expansión ganadera, la quema de pajonales y el cambio climático están afectando gravemente la capacidad de retención hídrica y provocando erosión acelerada de los suelos.

En la zona intermedia, los bosques andinos cumplen una función esencial en la conectividad ecológica y en la mitigación del cambio climático. Son hábitat de especies endémicas como el venado de cola blanca, el zorro andino, la musaraña de los páramos y aves emblemáticas como el curiquingue, símbolo de la sierra central. Estas especies no solo forman parte de la biodiversidad biológica, sino también del imaginario simbólico de las comunidades: el curiquingue, por ejemplo, es considerado mensajero de los dioses y guardián del equilibrio natural.

En el occidente tropical, la situación es más crítica. La tala ilegal, la pérdida de cobertura vegetal y la expansión de monocultivos han reducido drásticamente la biodiversidad. Frente a ello, diversas comunidades en coordinación con el GAD Provincial y organizaciones

como la Fundación Natura y la UEB han impulsado programas de reforestación con especies nativas, recuperación de microcuencas y educación ambiental comunitaria. Estas iniciativas buscan consolidar una cultura de sostenibilidad que vincule los valores ecológicos con los principios del *sumak kawsay* o buen vivir.

1.2.4 Territorialidad, cultura y memoria

El territorio bolivarense no se define únicamente por sus límites físicos, sino por su tejido social y simbólico. En este sentido, la territorialidad se entiende como una construcción cultural donde convergen historia, memoria y espiritualidad.

Tuaza Castro (2018) señala que las comunidades indígenas de la zona de La Moya, Cabocao y Guaranda conciben su territorio como una extensión del cuerpo colectivo. Los cerros, los ríos y los caminos son espacios de identidad que guardan la memoria de los antepasados. De allí que cada lugar posea un nombre cargado de sentido: Chimborazo (del kichwa *Chimbo-razu*, “montaña de los hielos”), Quindihua, Natawa, Salinas, Rumicruz, entre otros. Estos nombres son parte del patrimonio inmaterial del territorio, una cartografía oral que preserva la relación espiritual entre la gente y la tierra.

En Bolívar, las prácticas comunitarias como la minga, el trueque, las fiestas del maíz o las peregrinaciones al Chimborazo son expresiones vivas de territorialidad. Cada una reafirma la pertenencia al espacio y refuerza los lazos sociales. Estas manifestaciones, heredadas del *ayllu* andino, siguen vigentes en la vida cotidiana: cultivar, compartir,

celebrar y proteger son acciones que definen el modo bolivarenses de habitar el mundo.

1.2.5 Riesgos ambientales y vulnerabilidad territorial

El Gad Bolívar (2024) identifica varios factores de riesgo que amenazan los ecosistemas y la sostenibilidad del territorio: la deforestación, la contaminación de fuentes de agua, la erosión de suelos y la pérdida de cobertura glaciar del Chimborazo. Este último fenómeno ha generado alarma, pues se estima que el glaciar del Chimborazo ha perdido más del 50% de su extensión en los últimos 40 años.

Este retroceso del hielo no solo implica una pérdida ambiental, sino también un impacto cultural profundo: las comunidades que se relacionaban simbólicamente con los glaciares ven desaparecer los espacios donde realizaban rituales y actividades ancestrales. Como señala (García-García et al., 2020), la desaparición de los hielos significa la pérdida de una parte de la memoria viva del territorio.

Frente a ello, las estrategias de conservación deben integrar la dimensión cultural del paisaje, reconociendo que proteger los páramos y las cuencas no es únicamente una acción ecológica, sino un acto de defensa del patrimonio inmaterial. En Bolívar, la gestión ambiental debe articularse con la educación intercultural y el fortalecimiento de las prácticas tradicionales de respeto a la Pachamama.

1.2.6 La mirada comunitaria del territorio

Las comunidades rurales de Bolívar, especialmente las de las parroquias Salinas, Facundo Vela y Simiatug, mantienen una percepción del territorio que combina conocimiento empírico, espiritualidad y racionalidad práctica. En las entrevistas etnográficas recogidas por García-García et al. (2020) y Tuaza Castro (2018) los comuneros expresan que “la tierra siente”, “la montaña avisa” o “el río habla”. Estas expresiones revelan una cosmovisión donde la naturaleza tiene agencia, donde cada elemento viento, piedra, hielo, agua posee su propia voz.

Esta concepción del territorio como sujeto de derecho coincide con las bases filosóficas del *sumak kawsay*, reconocidas en la Constitución ecuatoriana de 2008. El territorio, por tanto, no es solo fuente de recursos, sino espacio de vida y aprendizaje. Desde esta perspectiva, la planificación del desarrollo provincial debe considerar la visión de los pueblos que lo habitan, reconociendo su papel como guardianes del patrimonio natural y cultural.

La provincia de Bolívar es un microcosmos de los Andes: una tierra de contrastes, saberes y resistencias. Su geografía fragmentada y su diversidad ecológica han modelado una territorialidad donde la cultura y la naturaleza se entrelazan. Comprender sus ecosistemas es entender también las prácticas, los rituales y los oficios como el de los hieleros que han nacido de esa interacción armónica con el entorno.

Hoy, en un contexto de cambio climático y globalización, Bolívar se enfrenta al reto de preservar su diversidad biocultural. Esto requiere mirar el territorio no solo como espacio productivo, sino como escenario de vida y memoria, donde cada montaña, cada río y cada comunidad son parte de un mismo tejido sagrado. En esa trama se sustenta el patrimonio vivo de los Andes Centrales: un legado que los pueblos bolivarenses siguen defendiendo con sabiduría, trabajo y fe.

1.3 La reserva de producción faunística del Chimborazo y la ruta ancestral del Sara Kapak Ñan

El Chimborazo, además de su carácter sagrado y su relevancia simbólica, es un territorio de gran valor ecológico y patrimonial. En sus laderas y páramos se encuentra una de las áreas protegidas más emblemáticas del Ecuador: la Reserva de Producción Faunística del Chimborazo (RPFCH), creada en 1987 con el objetivo de conservar la fauna altoandina y garantizar la sostenibilidad de los ecosistemas que nutren las cuencas hidrográficas de la región central del país (Fernando Romero et al., 2018).

La Reserva no solo preserva la biodiversidad; también protege un paisaje cultural donde convergen historia, espiritualidad y modos de vida. En este espacio, el Camino Ancestral del Sara Kapak Ñan vía prehispánica que articulaba rutas comerciales y rituales del mundo andino se convierte en testimonio vivo del tránsito humano y simbólico que ha unido, desde hace siglos, los pueblos de Bolívar, Chimborazo y Tungurahua.

El presente apartado examina la RPFCH y el Sara Kapak Ñan como componentes esenciales del patrimonio natural y cultural de los Andes Centrales, mostrando cómo ambos configuran un eje de integración territorial, espiritual y turística, profundamente relacionado con la memoria de los hielero (García Yadira, 2019).

1.3.1 La reserva de producción faunística del Chimborazo: origen y propósito

De acuerdo con el Ministerio del Ambiente, Agua y Transición Ecológica (MAATE, 2025), la RPFCH abarca una superficie aproximada de 58.560 hectáreas, compartidas entre las provincias de Bolívar, Chimborazo y Tungurahua. Sus límites naturales se extienden desde los 3.800 hasta los 6.310 metros sobre el nivel del mar, incluyendo los nevados Chimborazo, Carihuairazo y Cutahua.

Su establecimiento respondió a la necesidad de conservar especies emblemáticas como la vicuña, el venado andino, el zorro paramero y el curiquire, así como de proteger los suelos frágiles de los páramos, fundamentales para la regulación hídrica regional. No obstante, desde una perspectiva cultural, la Reserva también se ha convertido en espacio de salvaguardia del patrimonio inmaterial, pues en sus laderas se mantienen prácticas rituales, narrativas orales y conocimientos tradicionales vinculados al uso del hielo, las plantas medicinales y el pastoreo de camélidos.

La RPFCH no puede entenderse únicamente como una zona de conservación ambiental. Es un territorio vivo, donde la gestión ecológica se entrelaza con las dinámicas socioculturales de las

comunidades de Quindihua, Salinas, que históricamente han interactuado con la montaña. En palabras de García-García et al. (2020) el Chimborazo “sigue siendo escuela, templo y despensa”; su conservación, por tanto, no se limita a la biodiversidad, sino a la preservación de una relación ancestral entre el ser humano y el paisaje.

1.3.2 Ecología y biodiversidad del Chimboraz

La Fernando Romero et al. (2018) alberga una riqueza biológica que refleja la adaptación de la vida a condiciones extremas. Entre las especies más representativas destacan la vicuña (*Vicugna vicugna*), reintroducida en la década de 1980 tras su extinción local; la llama (*Lama glama*), símbolo de la economía andina; y la alpaca (*Vicugna pacos*), cuya fibra constituye un recurso de valor artesanal y económico para las comunidades.

Además, los páramos de la Reserva son hábitat de más de 70 especies de aves, entre ellas el caracara andino, el águila mora, el colibrí estrellita ecuatoriana y el curiquingue, ave sagrada de los Andes centrales que representa, según las creencias kichwas, el espíritu guardián del fuego y del viento.

La flora del Chimborazo es igualmente singular. En sus zonas altas predominan los pajonales, líquenes y musgos que capturan y almacenan agua; en las medias, aparecen los arbustos de chuquiragua, achupallas y romerillo, usados tradicionalmente en infusiones y rituales medicinales. Esta vegetación no solo sostiene la fauna local, sino también las prácticas culturales asociadas al cuidado del cuerpo y del espíritu.

El Gad Bolívar (2024) destaca que los ecosistemas de la Reserva cumplen un papel clave en la regulación climática regional y en la captación de agua para las cuencas de los ríos Chimbo, Guaranda y Ambato. Por tanto, su deterioro tendría consecuencias directas sobre la seguridad hídrica y alimentaria de miles de habitantes. Sin embargo, su protección efectiva exige reconocer que la conservación solo es viable si incluye a las comunidades locales como gestoras y herederas del territorio.

1.3.3 El Chimborazo como paisaje cultural

El concepto de paisaje cultural, adoptado por la (UNESCO, 2024), reconoce aquellos espacios donde la interacción prolongada entre las personas y la naturaleza ha generado valores tangibles e intangibles inseparables. El Chimborazo cumple plenamente esta definición: es un territorio natural habitado, narrado y venerado.

Los hieleros de Bolívar, que ascendían hasta los 5.000 metros para cortar bloques de hielo, representan la continuidad humana dentro de este paisaje. Su oficio, más que un acto económico, era una forma de diálogo con la montaña. Cada golpe de pico sobre el hielo era una plegaria silenciosa al Apu. Hoy, aunque la actividad prácticamente ha desaparecido, las comunidades mantienen viva la memoria de esa relación. En las festividades locales como la Fiesta del Hielo en Quindihua o las caminatas simbólicas al nevado se reactualiza ese vínculo ancestral, transformando el paisaje natural en escenario de identidad colectiva (Bonilla Valverde, 2014).

Falconi Diego (2015) sugiere que el Chimborazo, en el imaginario nacional, ha sido “la frontera entre lo visible y lo sagrado”, una montaña que contiene en su interior los tiempos congelados de la historia andina. Desde esta lectura, la Reserva no solo conserva ecosistemas, sino fragmentos de memoria, “archivos de hielo” donde quedan inscritas las huellas de los pueblos que lo habitaron.

En este contexto, la RPFCH se configura como paisaje cultural vivo, donde la ciencia, la espiritualidad y el turismo convergen en un diálogo que exige respeto, reciprocidad y conocimiento compartido

1.3.4 El Sara Kapak Ñan: camino ancestral del maíz

El Sara Kapak Ñan literalmente “camino del maíz poderoso” en kichwa constituye uno de los tramos menos documentados pero más simbólicos de la red vial andina que unía los pueblos de la Sierra central del Ecuador. Según el Estudio Etnográfico de (García Yadira, 2019), este corredor ancestral comunicaba las comunidades agrícolas de Bolívar con los centros ceremoniales de Tungurahua y Chimborazo, permitiendo el intercambio de productos, saberes y ofrendas.

El camino no era únicamente una ruta comercial; era una vía ritual. En él transitaban caravanas de peregrinos, pastores y curanderos que, al desplazarse entre distintos pisos ecológicos, reestablecían la armonía del cosmos. Por su posición geográfica, el Sara Kapak Ñan coincidía con las sendas utilizadas por los hieleros, quienes descendían con sus bloques de hielo hacia los valles de Guaranda y Echeandía, siguiendo trayectorias casi idénticas a las rutas prehispánicas.

Tuaza Castro (2018) menciona que en los márgenes del camino aún se encuentran vestigios arqueológicos y toponimias que evidencian su uso milenario, como los sectores de Rumicruz, Natawa y La Moya, donde los ancianos recuerdan historias de viajeros, trueques y ofrendas al maíz. Este cereal, considerado sagrado, simbolizaba la fertilidad de la tierra y la continuidad de la vida, de modo que el Sara Kapak Ñan era también un camino de gratitud y reciprocidad con la Pachamama.

Hoy, el trazado del camino ancestral constituye un recurso invaluable para el desarrollo del turismo cultural y educativo. La integración del Sara Kapak Ñan a la RPFCH permitiría no solo revitalizar el patrimonio tangible sendas, miradores, cuevas, apachetas sino también rescatar los relatos, cantos y prácticas espirituales asociados al tránsito humano por la montaña.

1.3.5 Convergencia entre patrimonio natural y cultural

La interrelación entre la Reserva del Chimborazo y el Sara Kapak Ñan ilustra la necesidad de entender el patrimonio desde una perspectiva biocultural. En Bolívar, la conservación ambiental y la preservación cultural no son procesos independientes: se nutren mutuamente. Los comuneros reconocen que sin páramos no hay agua, y sin agua no hay vida ni rituales.

Las estrategias de manejo participativo implementadas por el MAATE, el GAD Provincial de Bolívar y las comunidades locales apuntan hacia un modelo de co-manejo del patrimonio, donde se articulan el saber técnico y el conocimiento ancestral. Proyectos recientes, como el “Corredor Ecológico del Chimborazo” y la “Ruta del Hielo”, buscan

integrar el turismo responsable con la educación ambiental, promoviendo experiencias que valoren tanto la biodiversidad como las prácticas culturales vivas.

En estas iniciativas, los descendientes de los hieleros desempeñan un papel esencial. Su memoria oral, su conocimiento de los caminos y su vínculo espiritual con el nevado los convierten en mediadores culturales y ambientales. En sus testimonios, recogidos por García Yadira (2019), se repite una misma idea: “El hielo enseña a respetar la montaña”. Esa enseñanza resume la filosofía andina del equilibrio, en la que la naturaleza no se domina, sino que se escucha y se acompaña.

1.3.6 Amenazas y desafíos de conservación

A pesar de su importancia ecológica y cultural, la RPFCH enfrenta múltiples amenazas: el retroceso de los glaciares, la presión turística no regulada, la contaminación de fuentes hídricas y la pérdida de saberes tradicionales. Estudios recientes del (INAMHI, 2025) indican que el glaciar del Chimborazo se reduce a un ritmo aproximado de 1,5 metros por año, lo que compromete los sistemas hídricos y el equilibrio ecosistémico.

Asimismo, la masificación del turismo de alta montaña ha generado impactos negativos: residuos, erosión de senderos y descontextualización cultural. Muchos visitantes ascienden al Chimborazo sin comprender su significado espiritual, transformando un lugar de contemplación en un escenario de consumo visual. Frente a ello, las comunidades y la Universidad Estatal de Bolívar han impulsado

programas de educación patrimonial y turismo espiritual, donde el ascenso al nevado se convierte en experiencia de aprendizaje y respeto.

La pérdida de saberes, especialmente entre las nuevas generaciones, constituye otro riesgo. La modernización ha reducido el interés por los oficios tradicionales y las prácticas rituales. Sin embargo, en proyectos como el Circuito Turístico Académico o la Ruta de los Hieleros de Bolívar, se están recuperando estas memorias mediante registros audiovisuales, talleres de transmisión intergeneracional y guías comunitarios formados en interpretación ambiental y cultural.

1.3.7 El Chimborazo como eje del turismo patrimonial sostenible

El turismo, cuando se gestiona desde la visión del *sumak kawsay*, puede convertirse en herramienta de preservación y empoderamiento comunitario. En la provincia de Bolívar, el turismo asociado al Chimborazo, al hielo y al camino ancestral tiene un potencial transformador.

El Gad Bolívar (2024) plantea la creación de corredores turísticos integrados que conecten los atractivos naturales y culturales del territorio. Entre ellos, la Ruta del Sara Kapak Ñan, la Ruta del Hielo y la Ruta del Maíz y la Sal son proyectos que buscan revalorizar las tradiciones locales mediante la participación directa de las comunidades. En estas rutas, los visitantes no solo observan el paisaje: lo viven, lo interpretan y lo comprenden.

El turismo patrimonial, bajo esta perspectiva, es una pedagogía del territorio. Los guías locales muchos de ellos descendientes de

hielerosrelatan historias, muestran los vestigios del camino y enseñan a leer el lenguaje del páramo. Así, cada experiencia se convierte en acto de transmisión cultural y de conservación activa del patrimonio natural.

La Reserva de Producción Faunística del Chimborazo y el camino ancestral del Sara Kapak Ñan constituyen un binomio inseparable del patrimonio andino: uno protege la vida natural, el otro resguarda la memoria del tránsito humano. En conjunto, revelan que la historia del hielo, del maíz y de las montañas no es pasado, sino presente en transformación.

Comprender la RPFCH y el Sara Kapak Ñan como paisajes culturales vivos permite articular la conservación ecológica con la identidad comunitaria, promoviendo un modelo de desarrollo basado en el respeto, la reciprocidad y la educación patrimonial. En este territorio sagrado, donde cada sendero cuenta una historia y cada glaciar guarda una enseñanza, el futuro de los hieleros de Bolívar no está en el olvido, sino en la posibilidad de seguir caminando como sus ancestros por el camino del maíz, del hielo y de la vida.

1.4 El hielo como símbolo: entre la sacralidad y la supervivencia

En el Chimborazo, el hielo no es únicamente un elemento físico ni una materia congelada. Es, ante todo, una sustancia simbólica cargada de memoria, espiritualidad y sentido colectivo. A través de los siglos, los hieleros que ascendieron a la montaña para extraerlo no solo llevaban un recurso natural; descendían con fragmentos del alma del Apu, con trozos del tiempo petrificado que conectaban la vida humana con las fuerzas cósmicas.

En la cosmovisión andina, el hielo representa el equilibrio entre lo sagrado y lo vital, entre el don de la naturaleza y el trabajo humano. Es fuente de pureza, medicina, alimento y energía espiritual. Pero, al mismo tiempo, su progresiva desaparición ante el cambio climático y el olvido cultural lo ha convertido en símbolo de resistencia y supervivencia: un espejo de las transformaciones sociales que viven las comunidades del Chimborazo y de la provincia de Bolívar.

El presente apartado examina el valor simbólico, ritual y patrimonial del hielo, su presencia en los imaginarios colectivos, su función en la economía y la cultura andina, y su resignificación contemporánea como parte del patrimonio vivo de los Andes Centrales.

1.4.1 El hielo en la cosmovisión andina: materia de los dioses

En la tradición oral de los pueblos andinos, el hielo es considerado “la carne de la montaña”. De su pureza proviene la lluvia, la fertilidad de los suelos y la frescura del aire. El Estudio Etnográfico de (García Yadira, 2019) documenta que los comuneros de Quindihua describen el hielo del Chimborazo como “el agua más vieja del mundo”, una forma de vida que conserva la memoria de los abuelos y los espíritus tutelares.

Esta percepción mística tiene raíces prehispánicas. Para los pueblos puruháes, que habitaron la zona antes de la expansión incaica, los glaciares del Chimborazo eran templos naturales. Los rituales de ofrenda al taita Chimborazo incluían granos de maíz, hojas de coca y figurillas de oro enterradas en los nevados para “alimentar el corazón del hielo”. Según Falconi Diego (2015) este gesto expresaba una

relación de reciprocidad (ayni) entre humanos y naturaleza: mientras el pueblo daba alimento al Apu, este devolvía agua, salud y protección.

El hielo, en este sentido, se convierte en una metáfora del equilibrio universal, un elemento que refleja la continuidad del ciclo vital: lo que se congela arriba renace en forma de agua abajo. En las palabras de un antiguo hielero recogidas por García-García et al. (2020), “cada bloque que bajamos era un pedazo de la montaña que volvía a vivir en el pueblo”. Esta frase resume la esencia del pensamiento andino: la naturaleza no muere ni desaparece, solo cambia de forma para sostener la vida.

1.4.2 El oficio del hielo: trabajo, fe y comunidad

Durante siglos, los hieleros del Chimborazo ascendieron al Apu dos veces por semana, armados de picos, palas y mulas. Su trayecto, de más de siete horas, atravesaba páramos, quebradas y riscos donde el viento soplaba con una fuerza casi espiritual. El oficio exigía fortaleza física y devoción: antes de cada ascenso, los hieleros realizaban una pequeña ceremonia en la base de la montaña, encendiendo una vela o derramando chicha en el suelo como agradecimiento.

El hielo se vendía en los mercados de Guaranda, Riobamba y Ambato, donde era usado para preparar bebidas y conservar alimentos. Sin embargo, la importancia del oficio no radicaba en su valor económico, sino en su valor cultural y simbólico. El hielero era visto como un mensajero entre el pueblo y el Apu, un mediador capaz de extraer la energía divina sin profanar la montaña.

Baltazar Ushca, reconocido como “el último hielero del Chimborazo”, encarnó ese legado con dignidad y humildad. Su figura, estudiada por (Vasquez Níama & Echeverría Maggi, 2022) trascendió lo local para convertirse en ícono nacional e internacional. No obstante, como señala el presente libro, los hieleros de Bolívar nunca desaparecieron: permanecieron silenciosos, continuando su relación con el hielo en prácticas agrícolas, rituales y turísticas que han mantenido viva la memoria del oficio.

En la comunidad de Quindihua, por ejemplo, cada año se realiza una ceremonia de agradecimiento al hielo, donde los niños portan bloques simbólicos y los depositan en fuentes de agua, gesto que simboliza la renovación del ciclo vital. Estas manifestaciones, más allá de su belleza ritual, revelan un profundo sentido ecológico: el reconocimiento de la interdependencia entre el hombre y la naturaleza.

1.4.3 El hielo como metáfora de la memoria y el tiempo

Falconi Diego (2015) plantea que el hielo, en la narrativa andina, funciona como archivo del tiempo, un elemento donde quedan atrapados los recuerdos y las voces de los antepasados. En su análisis de los documentales *Los hieleros del Chimborazo* (Gustavo Guayasamin & Igor Guayasamin, 1980) y *El tiempo congelado*, el autor del documental sugiere que el hielo representa una forma de resistencia ante la colonialidad y la modernidad: un tiempo distinto, circular y silencioso que se opone a la velocidad del mundo contemporáneo.

Desde esta perspectiva, cada bloque de hielo es también un fragmento de historia. En él se condensan los ecos de las caravanas prehispánicas, las mingas comunitarias, las luchas por la tierra y las transformaciones del paisaje. El hielo, al derretirse, libera esas memorias en forma de agua, símbolo de continuidad.

Los hieleros de Bolívar, al cortar y transportar el hielo, participaban en un ritual de transmisión cultural. El viaje desde el glaciar hasta el mercado no era solo un trayecto económico, sino una procesión del conocimiento ancestral. En ese recorrido, los hombres enseñaban a sus hijos no solo a usar las herramientas, sino a comprender los signos del clima, las señales del viento y el lenguaje de la montaña. Así, el hielo se convertía en escuela, en relato y en herencia.

1.4.4 El hielo como frontera entre lo sagrado y lo profano

El hielo del Chimborazo también simboliza una frontera. En él se encuentran el mundo de los dioses y el mundo de los hombres. Cruzar esa frontera implicaba enfrentarse a lo desconocido, a los espíritus del frío y al silencio absoluto de la altura. Por eso, los hieleros realizaban rituales de protección antes de cada ascenso, invocando a la Pachamama y a los apus menores para que guiaran su camino.

El documental de Gustavo Guayasamin & Igor Guayasamin (1980) relata que los comuneros creían que el hielo “escoge” a quien puede tocarlo. No todos podían acercarse al glaciar sin permiso; hacerlo sin respeto podía traer desgracias o enfermedades. Esta idea refleja una visión ética del trabajo en la naturaleza: no se toma, se pide; no se extrae, se comparte.

En este sentido, el hielo se convierte en un símbolo de reciprocidad. El hombre que sube a la montaña lleva ofrendas, pero también regresa con responsabilidad. La transacción no es comercial, sino espiritual. Ese pacto, que hoy parece poético, constituye una filosofía ecológica avanzada: una forma de gestión sostenible del entorno basada en la reciprocidad y el equilibrio.

1.4.5 La desaparición del hielo: una pérdida material y espiritual

En las últimas décadas, los glaciares del Chimborazo han sufrido un retroceso alarmante. Estudios de Hidalgo et al. (2024) indican que la superficie glaciar se ha reducido en más del 60% desde 1980. Este fenómeno no solo altera los ecosistemas, sino que amenaza la identidad de las comunidades que han vivido en torno al hielo.

García Yadira (2019) señala que la desaparición de los glaciares provoca “una doble pérdida”: ecológica y cultural. Por un lado, disminuye el recurso hídrico que abastece a los valles; por otro, se debilita el vínculo espiritual con la montaña. Los ancianos de Quindihua afirman que “el Chimborazo ya no canta igual”, expresión que condensa la tristeza de ver apagarse su aliento blanco.

Sin embargo, frente a esta crisis, las comunidades han comenzado a reinterpretar el simbolismo del hielo. Hoy, el hielo no solo evoca el pasado, sino que convoca a la acción. Su desaparición se ha convertido en un llamado ético a repensar la relación entre humanidad y naturaleza. En este contexto, la memoria de los hieleros se resignifica como ejemplo de sabiduría ecológica y resistencia cultural, ofreciendo claves para

enfrentar los desafíos del cambio climático desde la espiritualidad andina.

1.4.6 El hielo en la contemporaneidad: de la tradición al patrimonio

El reconocimiento del oficio del hielero como parte del patrimonio cultural inmaterial ecuatoriano ha permitido abrir un diálogo entre la memoria y la modernidad. En Bolívar, iniciativas impulsadas por la Universidad Estatal de Bolívar, el Ministerio de Turismo y el GAD Provincial buscan documentar y difundir la historia de los hieleros a través de rutas interpretativas, exposiciones fotográficas y proyectos audiovisuales.

Estas acciones no buscan museificar la tradición, sino mantenerla viva mediante la participación comunitaria. En la actualidad, jóvenes de Quindihua, y Salinas se forman como intérpretes culturales del paisaje del Chimborazo. Algunos de ellos acompañan a los visitantes en caminatas rituales, donde explican los significados espirituales del hielo y recrean, de forma simbólica, los antiguos ascensos de sus abuelos.

El turismo comunitario, cuando se gestiona con ética y coherencia cultural, se convierte en una herramienta de revalorización identitaria. El hielo, entonces, deja de ser un recuerdo para transformarse en experiencia: una pedagogía sensorial que enseña sobre el respeto, la reciprocidad y la fragilidad de la vida.

1.4.7 El hielo como patrimonio vivo

La UNESCO (2025) define el patrimonio vivo como el conjunto de prácticas, expresiones y conocimientos que las comunidades reconocen como parte de su herencia cultural, y que se transmiten de generación en generación. Bajo esta perspectiva, el hielo del Chimborazo en su dimensión material y simbólica constituye un patrimonio vivo de los Andes Centrales.

Su valor no radica solo en su antigüedad o belleza, sino en la continuidad de los saberes que lo rodean: las técnicas de extracción, los rituales de agradecimiento, las canciones que los hieleros entonaban durante el ascenso, y las narraciones que explican su origen. Todo ello conforma un corpus cultural que integra conocimiento ecológico, espiritualidad y arte popular.

Reconocer el hielo como patrimonio vivo implica asumir un compromiso ético: proteger la memoria mientras se preserva la naturaleza. De nada sirve conservar el glaciar si se extingue el relato; ni mantener la tradición si desaparece el hielo que la sustenta. Por ello, la conservación integral debe ser tanto ecológica como cultural, asegurando que las futuras generaciones comprendan el sentido profundo de este legado.

1.4.8 Reflexión final: el hielo, espejo del alma andina

El hielo del Chimborazo es espejo y metáfora: refleja el alma de los Andes. En su transparencia se puede leer la historia de los pueblos que

lo veneraron, la fuerza de los hombres que lo trabajaron y la esperanza de las comunidades que aún lo recuerdan.

Entre la sacralidad y la supervivencia, el hielo nos enseña que la cultura no se congela: se transforma. El oficio de los hieleros, lejos de desaparecer, ha evolucionado hacia nuevas formas de significación: turismo cultural, educación ambiental, arte comunitario y patrimonio vivo.

Hoy, cuando el planeta enfrenta un derretimiento global no solo de glaciares, sino de valores, el hielo del Chimborazo nos recuerda que la memoria también puede derretirse si no se cuida. Por ello, preservar el legado de los hieleros de Bolívar no es un gesto nostálgico, sino un acto de resistencia y de esperanza. Mientras haya quien recuerde, narre y suba a la montaña con respeto, el hielo seguirá vivo: no solo en la cumbre, sino en la conciencia colectiva del pueblo andino.

El hielo del Chimborazo resume la esencia del patrimonio vivo de Bolívar: naturaleza, espiritualidad y cultura en un mismo cuerpo. Su simbolismo trasciende lo material para convertirse en lenguaje de la identidad. Desde la sacralidad prehispánica hasta su resignificación contemporánea, el hielo ha sido espejo de los cambios del mundo andino, pero también refugio de su memoria.

Este capítulo ha demostrado que el Chimborazo no solo es montaña ni el hielo simple elemento natural: ambos son testimonios de una relación milenaria entre humanidad y naturaleza, donde el respeto, la reciprocidad y el sentido de comunidad constituyen las claves para un futuro sostenible y digno.

CAPÍTULO II

2 OFICIO Y RESISTENCIA: LA HISTORIA VIVA DE LOS HIELEROS DE BOLÍVAR

2.1 Orígenes del oficio del hielo en los Andes Centrales

El oficio del hielero constituye una de las expresiones más singulares de la cultura andina, en la que el trabajo físico, la espiritualidad y la memoria colectiva se entrelazan en un mismo gesto: ascender hacia la montaña sagrada para traer de ella el aliento helado que simboliza la pureza, la vida y la continuidad del tiempo. Mucho antes de que existieran refrigeradores o fábricas de hielo, las comunidades andinas ya habían desarrollado sofisticadas prácticas de extracción, conservación y transporte del hielo, que no solo respondían a necesidades materiales, sino también a significados rituales y cosmológicos.

En la provincia de Bolívar, el oficio del hielero no puede comprenderse como un fenómeno aislado ni reciente. Sus raíces se remontan a los primeros sistemas de intercambio andino, en los que el hielo del Chimborazo constituía un recurso sagrado y estratégico dentro del circuito económico y espiritual que articulaba los pisos ecológicos de los Andes Centrales. Esta práctica, heredada, adaptada y transformada a lo largo de los siglos, da cuenta de la resiliencia de las comunidades altoandinas, capaces de integrar en una misma actividad el trabajo, la fe y la reciprocidad con la naturaleza.

El presente apartado analiza los orígenes históricos y culturales del oficio del hielo, rastreando su evolución desde las tradiciones

prehispánicas hasta las primeras décadas republicanas, con énfasis en su permanencia en las zonas rurales de Bolívar. A partir de fuentes etnográficas, históricas y testimoniales (García Yadira 2019); (Tuaza Castro, 2018); (Falconi Diego, 2015); (Gad Bolívar, 2024)), se busca comprender cómo el hielo, más allá de su valor económico, se convirtió en un símbolo de identidad y espiritualidad para los pueblos andinos.

2.1.1 El hielo como recurso sagrado en el mundo prehispánico

En las culturas andinas, el hielo fue concebido desde tiempos antiguos como una manifestación tangible de lo divino. Las altas montañas consideradas apus o deidades tutelares eran depositarias del hielo, el agua y las nubes; elementos que aseguraban la fertilidad de la tierra y la prosperidad de las comunidades. En este contexto, el hielo era entendido como “la esencia vital del Apu”, el aliento frío que daba origen a los ríos, los valles y la lluvia (Falconi Diego, 2015).

Los pueblos puruháes, asentados en la actual provincia de Bolívar especialmente en Guaranda y las estribaciones del Chimborazo, desarrollaron durante el período de Integración (500-1500 d.C.) una compleja relación cosmológica con las montañas nevadas. El Chimborazo, conocido como Urcorazo, constituía el eje central de su universo simbólico (Tania González R et al., 2022); (Moreno, 1981). Las prácticas rituales incluían ofrendas de maíz, chicha, flores y objetos preciosos en las cumbres, fundamentadas en el principio andino del ayni o reciprocidad cósmica entre el ser humano y los apus tutelares. Estos rituales no eran súplicas unilaterales, sino intercambios energéticos entre los distintos planos de la existencia andina. El hielo glaciar poseía

valor multifuncional: conservación de alimentos, tratamiento de enfermedades y elaboración de bebidas ceremoniales para festividades como el Inti Raymi y Killa Raymi Ramón Valarezo (2008) Como bien de prestigio, circulaba mediante el sistema de "archipiélago vertical" descrito por (Tania González R et al., 2022), transportado en caravanas de llamas entre los diversos pisos ecológicos. Los hieleros ancestrales actuaban como mediadores cosmológicos: sacerdotes-especialistas que ascendían ritualmente a las cumbres para traer no solo hielo físico, sino mensajes oraculares y la bendición de los apus (Ramón Valarezo 2008). Esta tradición milenaria, transformada por la colonización española, pervive en la memoria cultural de las comunidades indígenas de Bolívar como patrimonio inmaterial invaluable (Instituto Nacional de Patrimonio Cultural (INPC, 2013).

2.1.2 Las caravanas del Chimborazo y las rutas del intercambio

El Camino del Sara Kapak Ñan, que recorría las estribaciones del Chimborazo, fue parte fundamental de esta red ancestral de intercambio. Según Tuaza Castro (2018) y el PDOT Parroquia Salinas (2024) este sistema articulaba comunidades agrícolas, pastores, artesanos y comerciantes desde la costa hasta la sierra, y desde los páramos hasta los valles tropicales. A través de estas rutas, los pueblos de altura intercambiaban hielo, lana, sal y carne seca, mientras que los pueblos de tierras bajas ofrecían frutas, maíz, ají y pescado seco.

La lógica económica andina no se basaba en el lucro individual, sino en la reciprocidad y la complementariedad ecológica. Cada piso altitudinal aportaba un conjunto de recursos que garantizaban la autosuficiencia del

sistema regional. En este entramado, el hielo cumplía una función específica: enfriar, preservar y equilibrar.

En el estudio de la antropología hecha en Ecuador de (Tania González R. et al., 2022), ya mencionan el uso ritual del hielo en las ofrendas al sol, así como su transporte desde las montañas hasta los templos principales del Tahuantinsuyo. Estos antecedentes sugieren que, incluso en tiempos incaicos, existían especialistas en la recolección y manejo del hielo, quienes gozaban de respeto y reconocimiento social. En el caso del Chimborazo, su localización estratégica en el centro del actual Ecuador convirtió a sus hielos en uno de los recursos más apreciados del altiplano septentrional.

Los hieleros prehispánicos no eran simples recolectores: eran guardianes del equilibrio cósmico. Su trabajo implicaba conocimientos de astronomía, clima y orientación, además de una preparación espiritual previa. Antes de cada ascenso, debían realizar ayunos y rituales de purificación, reafirmando la idea de que el hielo no se tomaba, sino que se pedía como un don.

2.1.3 El oficio del hielo durante la época colonial

Con la llegada de los españoles y la instauración del sistema colonial, el oficio del hielero experimentó un proceso de transformación. Las estructuras de reciprocidad fueron reemplazadas progresivamente por relaciones de mercado, aunque en las zonas rurales del actual Bolívar se mantuvo el componente ritual del oficio.

Durante los siglos XVII y XVIII, el hielo del Chimborazo se convirtió en un producto comercial demandado por las élites urbanas. Era utilizado para conservar alimentos, elaborar postres y preparar bebidas frías en ciudades como Quito, Riobamba y Cuenca. La demanda creciente motivó la organización de cuadrillas de trabajadores indígenas y mestizos, quienes subían al nevado con mulas cargadas de paja, sogas y herramientas de hierro. Estos primeros hieleros coloniales mantenían prácticas ancestrales, pero ahora debían responder a las dinámicas extractivas impuestas por el sistema económico español.

A pesar de la mercantilización, el vínculo espiritual con la montaña no desapareció. Las crónicas locales recogen testimonios sobre trabajadores que, antes de iniciar la jornada, ofrecían rezos y libaciones a la montaña para evitar accidentes o maldiciones. El hielo seguía siendo sagrado, aunque ahora coexistía con la lógica del comercio.

En Bolívar, esta dualidad entre lo espiritual y lo económico dio origen a un modelo de trabajo comunitario adaptado a las condiciones coloniales. Las familias se organizaban en turnos para ascender al Chimborazo, compartiendo herramientas y animales. Las ganancias se distribuían de manera equitativa, manteniendo viva la práctica del ayni. Así, el oficio del hielero resistió como una expresión híbrida entre el mundo indígena y el sistema colonial, preservando su identidad a través del tiempo.

2.1.4 El hielero en la República: continuidad y cambio

Con la independencia del Ecuador en el siglo XIX, el oficio del hielero alcanzó una nueva etapa. En una época marcada por el auge urbano y la modernización incipiente, el hielo seguía siendo un recurso esencial. En

ciudades como Guaranda y Riobamba, los hieleros del Chimborazo se convirtieron en proveedores indispensables de los mercados locales.

Durante este periodo, el oficio se consolidó como una tradición hereditaria. Para los pobladores de la comunidad de Quindihua, el conocimiento del hielo se transmitía de padres a hijos, junto con las herramientas y las rutas de ascenso. Los relatos recogidos (García Yadira, 2019) mencionan familias enteras dedicadas a la actividad, donde los hombres realizaban el corte y transporte, mientras las mujeres se encargaban de la venta y la preparación de bebidas.

El siglo XX marcó el apogeo del oficio, pero también el inicio de su declive. La introducción del hielo industrial y la electricidad en las ciudades transformó radicalmente la demanda. Sin embargo, en Bolívar y Chimborazo, donde la modernidad tardó en llegar, los hieleros siguieron ascendiendo hasta bien entrada la década de 1970. En esta etapa se forja la figura de Baltazar Ushca, cuya historia difundida internacionalmente simboliza la persistencia de una tradición milenaria que sobrevivió a la colonización, la república y la industrialización.

Más allá del personaje, lo importante es comprender que el oficio del hielero no fue una reliquia, sino una práctica adaptativa y viva. En Bolívar, los hieleros continuaron su labor con una mezcla de orgullo y resignación, conscientes de que estaban preservando algo más que un medio de subsistencia: un vínculo sagrado con la montaña y una forma ancestral de comprender la vida.

2.1.5 Simbolismo y trabajo: del ritual a la supervivencia

El trabajo del hielero no puede separarse de su carga simbólica. En la visión andina, trabajar es también rezar. El esfuerzo físico de cortar y transportar el hielo representa un acto de conexión espiritual con el territorio. Cada bloque cortado es una ofrenda, y cada descenso al valle, una renovación del pacto con la naturaleza.

Falconi Diego (2015) interpreta el hielo como un símbolo de resistencia cultural frente a la modernidad y la colonialidad. En su análisis de los documentales sobre los hieleros, observa que la imagen del trabajador andino ascendiendo al Chimborazo encarna la persistencia de la cosmovisión indígena en un mundo que intenta homogeneizar las formas de vida. Esta interpretación se ajusta perfectamente al caso de Bolívar, donde el hielo se ha transformado en un emblema de identidad provincial.

Los testimonios recogidos por (García Yadira, 2019) revelan que, incluso después del fin del comercio del hielo natural, las familias de Quindihua siguen subiendo ocasionalmente al nevado para “saludar al hielo” o recoger un pequeño trozo para bendecir las cosechas. Este gesto, aparentemente simple, encierra un profundo significado: el trabajo se ha convertido en memoria, y la memoria en rito.

En este sentido, el oficio del hielero trasciende su dimensión económica para situarse en el terreno de lo espiritual. Es una práctica que enseña el valor del esfuerzo, la reciprocidad y el respeto por la montaña. A través de ella, las comunidades bolivarenses han aprendido a resistir las adversidades históricas sin renunciar a su identidad.

Los orígenes del oficio del hielo en los Andes Centrales nos revelan una historia de continuidad y transformación. Desde los rituales puruháes hasta los hieleros contemporáneos de Bolívar, esta práctica ha sobrevivido gracias a su capacidad de integrar lo sagrado y lo cotidiano, lo ancestral y lo moderno.

El hielo, como materia y como símbolo, resume la relación profunda entre los pueblos andinos y su entorno. En él se condensa una ética del trabajo que valora la reciprocidad, la comunidad y el equilibrio con la naturaleza.

Así, el oficio del hielero se erige como una memoria viva del patrimonio cultural ecuatoriano, una expresión de resistencia que mantiene encendido el diálogo entre el ser humano y la montaña.

2.2 Quindihua y las familias herederas del hielo

Hablar de los hieleros de Bolívar implica adentrarse en los silencios y voces de Quindihua, una pequeña comunidad andina donde la historia del hielo se conserva no en archivos, sino en la memoria de sus habitantes. Allí, entre el viento del páramo y el rumor de los pajonales, pervive una tradición que ha sobrevivido al tiempo y a la modernidad: el oficio de subir al Chimborazo para dialogar con el hielo.

Quindihua no es únicamente un espacio geográfico; es una metáfora de la resistencia cultural. En sus familias se entretajan la herencia del trabajo, la fe en la montaña y la conciencia de ser custodios de un legado que define la identidad de Bolívar. Como señala García Yadira (2019) esta comunidad representa “la persistencia del alma andina frente al

olvido”, un testimonio vivo de cómo la cultura puede adaptarse sin perder su esencia.

El presente apartado aborda la historia y vida cotidiana de los hieleros de Quindihua: sus genealogías familiares, las prácticas heredadas, los significados rituales del trabajo, las dinámicas comunitarias y los procesos de transmisión del conocimiento que han permitido que el hielo siga siendo parte de su identidad colectiva.

2.2.1 Quindihua: territorio de altura y memoria

La comunidad de Quindihua se ubica en la parroquia urbana de Guanujo, cantón Guaranda, provincia de Bolívar, a una altitud que supera los 3.800 metros sobre el nivel del mar. Desde sus laderas se divisa el imponente Chimborazo, cuyo perfil nevado domina el horizonte como una presencia tutelar. La vida en este territorio ha estado siempre marcada por el clima extremo, los suelos fríos y la cercanía espiritual con la montaña.

El Gad Bolívar (2024) describe esta zona como parte del corredor ecológico altoandino, caracterizado por una economía basada en la agricultura de altura (papa, melloco, oca), la ganadería de pastoreo y el turismo comunitario emergente. Sin embargo, para los habitantes de Quindihua, la verdadera riqueza no está en la tierra ni en el dinero, sino en su relación ancestral con el hielo.

Según testimonios recogidos por García Yadira (2019), las familias de Quindihua mantienen un profundo respeto por el Chimborazo, al que llaman Taita. “Sin él no habría vida”, repiten los ancianos, quienes

consideran que el nevado protege sus cosechas y su salud. El hielo, producto de ese Apu, no es una materia muerta, sino un ser con energía, un “espíritu frío” que cura y purifica.

En la memoria comunal, el Chimborazo es a la vez padre y maestro. De él aprendieron a resistir el frío, a escuchar el viento, a reconocer los ciclos del agua y del tiempo. Esa pedagogía del paisaje ha moldeado una identidad profundamente ecológica y espiritual, donde el trabajo no se concibe como explotación, sino como reciprocidad.

2.2.2 Las familias del hielo: genealogías y herencia

Las familias de hieleros en Quindihua conforman un entramado intergeneracional de saberes transmitidos por vía oral y práctica. Entre los nombres más recordados se encuentran los Chachas, Bayas linajes que durante décadas ascendieron al Chimborazo para cortar el hielo y transportarlo a Guaranda. Cada generación aprendía observando: los hijos acompañaban a los padres desde los doce o trece años, cargando paja o ayudando a amarrar los bloques sobre las mulas.

Un antiguo hielero, entrevistado por García Yadira (2019) recordaba con nostalgia:

“Mi papá me llevaba desde guambra. No subíamos por negocio, sino por respeto. El hielo era para la gente del pueblo y para las fiestas. Cuando bajábamos, mi mamá nos esperaba con sopas calientes. Era cansado, pero bonito; la montaña nos hablaba.”

Este testimonio revela que el aprendizaje no se limitaba a la técnica, sino que incluía una educación espiritual: saber pedir permiso al Apu, leer el

clima, reconocer el tipo de hielo apto para cortar y comprender el ritmo de la montaña. Cada familia desarrolló sus propios rituales, canciones y señales, transmitidos de generación en generación como patrimonio intangible.

En Quindihua, el linaje del hielero no se determinaba por sangre, sino por compromiso. Muchos jóvenes, aunque no descendían directamente de hieleros, eran adoptados por familias experimentadas que los formaban como “hijos del hielo”. Esta forma de adopción simbólica consolidaba la comunidad como familia ampliada, reflejando el principio del ayllu: todos son parientes en la medida en que comparten el trabajo y la reciprocidad.

2.2.3 La jornada del hielero: entre la devoción y el sacrificio

La jornada del hielero comenzaba antes del amanecer. Equipados con palas, picos, sogas y costales de paja, los hombres emprendían la caminata hacia las zonas altas del Chimborazo, acompañados de mulas o burros. El trayecto podía durar entre seis y ocho horas, dependiendo del clima. En el camino, hacían una pausa obligada en una pequeña apacheta montículo de piedras donde dejaban hojas de coca, aguardiente o flores como ofrenda a la montaña.

El Estudio Etnográfico de García Yadir (2019) describe que, al llegar al glaciar, los hieleros trazaban una cruz sobre la superficie antes de cortar, como señal de respeto. Luego, utilizaban herramientas rudimentarias para desprender bloques de entre 20 y 25 kilos, que eran envueltos en paja de páramo para conservarlos durante el descenso.

El retorno era lento y peligroso. En algunos casos, los animales resbalaban por el hielo o las cargas se deshacían por el calor. Sin embargo, los hieleros veían en esas dificultades una forma de penitencia o purificación. “El Chimborazo te prueba para ver si eres digno”, decía uno de los entrevistados (García Yadira, 2019).

Una vez en la comunidad, el hielo era almacenado en pozos cubiertos de paja, donde podía conservarse varios días. Las mujeres participaban activamente en esta etapa: troceaban el hielo, lo mezclaban con frutas o hierbas, y lo vendían en los mercados o ferias. Así, el oficio se completaba como una cadena familiar, en la que hombres y mujeres compartían roles complementarios.

2.2.4 La comunidad como estructura de solidaridad

El oficio del hielo no se concebía como una labor individual, sino como una práctica colectiva y solidaria. Los hieleros de Quindihua formaban grupos de trabajo denominados mingas del hielo, en los que cada familia contribuía con animales, alimentos o herramientas. Estas mingas eran, además, espacios de convivencia y aprendizaje donde se fortalecían los lazos sociales.

Tuaza Castro (2018) explica que las mingas en las comunidades de altura funcionan como mecanismos de cohesión social y redistribución. Nadie subía solo al Chimborazo, pues hacerlo se consideraba un acto de soberbia. El hielo debía ser “ganado” con la ayuda de los demás y con el permiso de la naturaleza.

Al regresar al pueblo, los hieleros compartían el producto con las familias que no habían podido participar. En las fiestas patronales, una parte del hielo se destinaba a preparar bebidas frías para todos, como símbolo de gratitud. Esta práctica mantenía viva la noción de *sumak kawsay*: vivir bien no significa tener más, sino compartir lo que se tiene.

En la actualidad, aunque el comercio del hielo ha desaparecido, la comunidad conserva el espíritu de la minga en actividades de turismo, agricultura o educación ambiental. La memoria del trabajo colectivo sigue actuando como principio organizador de la vida comunal.

2.2.5 Los significados del hielo en la vida cotidiana

En Quindihua, el hielo no es solo un recuerdo del pasado, sino un elemento presente en las prácticas simbólicas y cotidianas. Las familias lo asocian con la salud, la pureza y la fuerza espiritual. Muchos conservan pequeños trozos en sus hogares para “bendecir el agua” o “curar el susto”.

Durante las festividades religiosas, especialmente en San Pedro y San Pablo, los comuneros llevan hielo al altar de la iglesia como ofrenda, mezclando el catolicismo con la cosmovisión andina. En palabras de (García Yadira, 2019), esta síntesis entre lo cristiano y lo ancestral refleja “la plasticidad cultural de los pueblos andinos, capaces de integrar mundos opuestos sin perder su esencia”

Los niños de la escuela local aprenden sobre la historia de los hieleros mediante relatos, dramatizaciones y canciones. En estas actividades, el hielo se convierte en herramienta pedagógica para enseñar valores como

el respeto a la naturaleza y la importancia de la memoria. En este proceso educativo, la Universidad Estatal de Bolívar ha desempeñado un papel clave, articulando proyectos de vinculación que documentan la historia oral y promueven el turismo comunitario.

De este modo, el hielo sigue fluyendo simbólicamente por la vida de Quindihua: en los rituales, en los recuerdos y en las nuevas formas de aprendizaje que conectan tradición y modernidad.

2.2.6 Mujeres del hielo: custodias de la tradición

Aunque la figura del hielero ha sido representada históricamente en clave masculina, el papel de las mujeres ha sido determinante para la continuidad del oficio. Ellas no solo procesaban y vendían el hielo, sino que también sostenían la organización familiar y comunitaria durante las ausencias de los hombres.

En los testimonios recogidos por (García Yadira, 2019), las esposas de los hieleros narran el esfuerzo de mantener los hogares y de enseñar a los hijos el respeto por la montaña. “Mientras ellos subían, nosotras rezábamos”, comenta una de ellas, subrayando el rol espiritual femenino.

Además, las mujeres fueron quienes preservaron los cantos, los rezos y las recetas que acompañaban al hielo. De sus manos surgieron los tradicionales helados artesanales de frutas, los refrescos de mora y los jarabes medicinales. En ese sentido, las mujeres de Quindihua son portadoras de un saber doméstico y simbólico que ha mantenido viva la tradición del hielo en la memoria popular.

Actualmente, varias mujeres lideran proyectos de turismo cultural y gastronomía andina en Salinas y Quindihua, donde utilizan el hielo natural del Chimborazo como elemento distintivo. Su participación no solo revitaliza la economía local, sino que refuerza la idea de que la herencia del hielo pertenece a toda la comunidad, más allá del género.

2.2.7 Transmisión del conocimiento y memoria intergeneracional

La transmisión del conocimiento sobre el hielo sigue un proceso oral, experiencial y ritual. No existen manuales ni instrucciones escritas; todo se aprende observando y acompañando. Este modelo educativo, característico de las culturas andinas, combina práctica, espiritualidad y comunidad.

Los ancianos, considerados yachaks o sabios, enseñan a los jóvenes a interpretar las señales del clima y del terreno. El aprendizaje comienza con pequeñas tareas: cuidar a las mulas, preparar la paja o servir la comida. Gradualmente, el aprendiz gana la confianza necesaria para acercarse al glaciar. Esta pedagogía se basa en la idea de que el conocimiento no se enseña, se comparte, y que solo quien respeta la montaña puede recibir su sabiduría.

En los últimos años, este proceso ha sido reforzado mediante programas educativos impulsados por la Universidad Estatal de Bolívar, en colaboración con el GAD Provincial. A través de talleres, rutas interpretativas y material audiovisual, se ha documentado la memoria oral de los hieleros, integrando sus relatos en los currículos de turismo y patrimonio. Así, el saber ancestral del hielo se proyecta hacia el futuro como recurso educativo y cultural.

Quindihua representa el corazón vivo del oficio del hielo. En sus familias, el trabajo se convierte en rito, el recuerdo en enseñanza y la montaña en maestra. Lejos de ser una tradición extinta, la práctica de los hieleros bolivarenses persiste como una forma de interpretar el mundo: con respeto, equilibrio y espiritualidad.

Las familias herederas del hielo han demostrado que la cultura no se conserva en museos, sino en la vida cotidiana. Su experiencia confirma que el patrimonio es, ante todo, una práctica viva, transmitida a través del afecto, el trabajo compartido y la memoria colectiva.

Desde Quindihua, la historia de los hieleros se reinventa cada día: en las voces de los abuelos, en las manos de las mujeres, en los juegos de los niños y en los proyectos comunitarios que mantienen encendida la llama de la identidad andina. El hielo sigue allí quizás menos visible, pero más profundo como símbolo de resistencia, sabiduría y amor por la montaña.

2.3 Transformaciones del oficio: modernidad, crisis y resiliencia

La historia de los hieleros del Chimborazo y en particular de los de la provincia de Bolívar no puede comprenderse sin atender a los procesos de transformación socioeconómica y cultural que marcaron al Ecuador durante el siglo XX. El oficio, que por siglos había sido expresión de sabiduría ancestral, fe y trabajo comunitario, enfrentó una serie de rupturas provocadas por la modernización, la introducción del hielo industrial, los cambios climáticos y las transformaciones en las dinámicas rurales.

Sin embargo, a pesar de la crisis, los hieleros bolivarenses no desaparecieron: se adaptaron. En ellos se expresa la resiliencia de las culturas andinas, capaces de reconfigurar su identidad ante la adversidad, sin perder su vínculo espiritual con la montaña. Hoy, aunque el hielo natural del Chimborazo ya no se extrae con la misma frecuencia, la memoria del oficio pervive en nuevas formas: turismo comunitario, proyectos educativos, artesanías y expresiones artísticas que resignifican la herencia del hielo como parte del patrimonio vivo de Bolívar.

Este apartado analiza esas transformaciones, mostrando cómo la modernidad alteró la práctica tradicional, pero también cómo las comunidades respondieron con creatividad y resistencia. Se exploran tres dimensiones: la crisis material del oficio, la pérdida del glaciar como fuente de sustento y, finalmente, la resiliencia cultural que ha permitido a los descendientes de hieleros mantener viva su historia.

2.3.1 El impacto de la modernidad: del hielo natural al hielo industrial

Hasta mediados del siglo XX, el comercio del hielo natural del Chimborazo era una actividad cotidiana en las ciudades de la Sierra central. Los hieleros descendían semanalmente a Guaranda, Riobamba y Ambato, donde vendían los bloques envueltos en paja o los entregaban a intermediarios. El hielo se utilizaba en bebidas, postres y conservación de alimentos. Sin embargo, a partir de la década de 1950, la introducción de plantas de hielo industrial y la electrificación urbana transformaron radicalmente este escenario.

De acuerdo con los testimonios recopilados por (García Yadira, 2019), los hieleros comenzaron a perder su principal fuente de ingresos cuando los comerciantes urbanos optaron por el hielo artificial, más económico y fácil de obtener. “Cuando llegaron las fábricas, ya nadie quería el hielo del Taita”, recuerda un antiguo trabajador de Quindihua. “Decían que el otro era más limpio, pero el nuestro era más puro”.

Esta transición tecnológica no solo representó una pérdida económica, sino también simbólica. El hielo natural, considerado sagrado y portador de energía, fue sustituido por un producto industrial sin historia ni espiritualidad. Para las comunidades, esto significó el inicio de una desvalorización cultural: la montaña dejó de ser vista como fuente de sustento y comenzó a ser percibida como un espacio de pasado.

La industrialización del hielo fue uno de los primeros síntomas de la ruptura entre el mundo rural y la modernidad. Sin embargo, como advierte (Tuaza Castro, 2018), esta transición no implicó la desaparición inmediata del oficio, sino su reconfiguración parcial: algunos hieleros continuaron extrayendo hielo para uso doméstico, ritual o turístico, mientras otros migraron a las ciudades, llevando consigo la memoria del trabajo ancestral.

2.3.2 Cambios sociales y migración: el hielo en la memoria del ausente

La crisis del oficio coincidió con los procesos de migración rural-urbana que afectaron a toda la Sierra ecuatoriana durante las décadas de 1960 y 1970. La falta de tierras, las condiciones climáticas adversas y la expansión de las economías industriales provocaron que muchas

familias de Bolívar abandonaran el campo. En este contexto, el oficio del hielero fue una de las primeras víctimas del cambio estructural: los jóvenes dejaron de subir a la montaña, y con ellos se fue apagando el eco del trabajo.

García Yadira (2019) recoge múltiples testimonios que revelan la nostalgia de los antiguos hieleros por sus hijos ausentes. “Ya no quieren aprender dicen los mayores, ahora trabajan en Quito o Guayaquil. Nosotros subíamos por necesidad, pero también por respeto.” La pérdida de las nuevas generaciones significó no solo un quiebre generacional, sino también un desplazamiento de la memoria: el hielo quedó en el recuerdo, asociado a los tiempos de sacrificio y esfuerzo.

No obstante, esta migración no borró el significado simbólico del oficio. En las fiestas patronales o en las visitas a Guaranda, los exiliados de Quindihua aún evocan la imagen del Chimborazo y relatan con orgullo que sus padres o abuelos fueron hieleros. En las ciudades, el hielo se convirtió en un símbolo de origen, una forma de pertenencia que conecta al migrante con su tierra.

Esta memoria del ausente demuestra que el oficio, aunque haya perdido su función económica, mantiene una función identitaria: es el lazo que une el pasado rural con la experiencia urbana, el puente que permite a los bolivarenses reconocerse en medio del cambio.

2.3.3 La crisis ecológica: el retroceso del glaciar

Uno de los factores más determinantes en la transformación del oficio ha sido el retroceso de los glaciares del Chimborazo. (IGEPN, 2025)

confirman que el nevado ha perdido aproximadamente el 60 % de su masa glaciar desde 1980. Esta reducción ha limitado las zonas de extracción y ha alterado profundamente la relación entre las comunidades y la montaña.

Los hieleros y comuneros de Bolívar interpretan este fenómeno desde una doble perspectiva: científica y espiritual. Por un lado, reconocen los efectos del cambio climático y la deforestación en la disminución de las nieves; por otro, lo perciben como una advertencia del Apu ante la pérdida de respeto por la naturaleza. En palabras de un anciano entrevistado por (García Yadira, 2019):

“El Chimborazo se está enojando. Ya no tiene fuerza porque la gente ya no sube con fe.”

El retroceso glaciar ha tenido consecuencias materiales menor disponibilidad de agua y pastos y simbólicas la sensación de que el Apu “está muriendo” o “ya no canta igual”. La desaparición del hielo no solo afecta los ecosistemas, sino que erosiona el sentido espiritual del territorio.

Frente a esta situación, las comunidades han iniciado prácticas de adaptación: reforestación con especies nativas, proyectos de manejo de cuencas y educación ambiental. Estas iniciativas, apoyadas por la Universidad Estatal de Bolívar y el GAD Provincial, buscan mitigar los impactos climáticos y recuperar el equilibrio natural. Así, el conocimiento de los hieleros su respeto por los ciclos del clima y del agua se ha convertido en un recurso pedagógico para enfrentar los retos del presente.

2.3.4 La imagen de Baltazar Ushca y el mito del “último hielero

La figura de Baltazar Ushca Tenesaca, originario de San Juan (Chimborazo), adquirió notoriedad nacional e internacional al ser presentada como el último hielero del Chimborazo. Su historia fue difundida en documentales, libros y reportajes, convirtiéndose en símbolo del fin de una era. Sin embargo, esta representación mediática, aunque útil para visibilizar el oficio, simplificó la realidad y contribuyó a invisibilizar la existencia de otros hieleros, especialmente en la provincia de Bolívar.

Investigaciones recientes ((Bonilla Maria Fernanda & Reascos Maryurie, 2019); (García Yadira, 2019) cuestionan la narrativa del “último hielero”, argumentando que el oficio no desapareció, sino que persistió de forma silenciosa en comunidades como Quindihua, donde familias continuaron subiendo al nevado hasta los años 2000.

Baltazar Ushca encarna el arquetipo del guardián de la memoria, pero su figura fue absorbida por una lógica de exotización que, en ocasiones, redujo la complejidad cultural del oficio a una imagen romántica del pasado. Frente a ello, los hieleros de Bolívar reivindican su propia historia, no como herencia extinguida, sino como práctica viva de resistencia.

La mitificación de Ushca tuvo, no obstante, un efecto positivo: despertó el interés de instituciones, universidades y medios por rescatar la historia de los hieleros. Gracias a esa visibilidad, se abrieron espacios para proyectos educativos y turísticos que hoy benefician a las comunidades del entorno del Chimborazo.

En este sentido, el mito del “último hielero” no debe entenderse como final, sino como puerta de entrada a un proceso de revalorización cultural que continúa en marcha.

2.3.5 Resiliencia y adaptación: los hieleros ante la modernidad

A pesar de las crisis económicas, ambientales y sociales, las comunidades de Bolívar demostraron una notable capacidad de resiliencia. Lejos de renunciar a su legado, reinterpretaron el oficio en función de las nuevas realidades. El hielo dejó de ser solo producto de venta y se convirtió en símbolo identitario y recurso turístico.

Desde la década de 2010, iniciativas como la Ruta del Hielo del Chimborazo y los programas de turismo comunitario de Salinas de Guaranda han permitido a los descendientes de hieleros integrarse en proyectos de desarrollo sostenible. En estas rutas, los visitantes recorren los antiguos senderos, escuchan los relatos de los mayores y participan en ceremonias simbólicas que recrean la extracción del hielo.

La participación de la Universidad Estatal de Bolívar ha sido clave en este proceso. A través de sus proyectos de vinculación y del Circuito Turístico Académico, se ha promovido la capacitación de guías comunitarios, la documentación audiovisual de las tradiciones y la incorporación del legado de los hieleros en la educación superior. De esta forma, la academia se convierte en aliada del patrimonio vivo, garantizando su transmisión intergeneracional.

La resiliencia de los hieleros se manifiesta también en el arte popular. Artesanos locales elaboran esculturas, tejidos y pinturas inspiradas en el

hielo y el Chimborazo, mientras músicos y poetas reinterpretan las historias del nevado. Estas expresiones no son meras recreaciones folclóricas, sino actos de resistencia cultural que reafirman la presencia del hielo en la memoria colectiva

2.3.6 Entre la nostalgia y la esperanza: la memoria como resistencia

La transformación del oficio del hielero ha dejado una huella emocional profunda. Muchos comuneros sienten nostalgia por los tiempos en que el hielo era parte de su vida cotidiana; sin embargo, esa nostalgia no se traduce en resignación, sino en acción cultural.

En Quindihua, los descendientes de los antiguos hieleros organizan caminatas con estudiantes y visitantes para enseñar la historia del oficio. En cada recorrido, los guías relatan las leyendas de los abuelos y explican cómo el hielo simboliza la unión entre el hombre y la montaña. Estas actividades permiten revivir la memoria como experiencia, transformando el pasado en aprendizaje.

Falconi Diego (2015) propone entender la memoria andina no como archivo estático, sino como energía en movimiento. Desde esta visión, la memoria de los hieleros no pertenece al pasado: circula en los gestos, en los relatos, en las prácticas de reciprocidad que aún sostienen las comunidades. En esa continuidad radica su fuerza.

El oficio del hielo, aunque transformado, sigue cumpliendo una función esencial: recordar que la montaña está viva y que la relación entre los seres humanos y la naturaleza debe basarse en respeto y reciprocidad. En este sentido, los hieleros de Bolívar son portadores de un mensaje

profundamente actual en tiempos de crisis climática: la modernidad sin espiritualidad conduce al desequilibrio.

Las transformaciones del oficio del hielero reflejan los procesos de cambio que han marcado la historia reciente del Ecuador: modernización, migración, pérdida ecológica y resignificación cultural. Sin embargo, frente a la adversidad, las comunidades de Bolívar no han perdido su esencia. Han demostrado que la tradición puede reinventarse sin desaparecer, y que la resiliencia es también una forma de sabiduría.

El hielo, otrora símbolo de trabajo y sustento, se ha convertido en emblema de memoria y resistencia. En su tránsito de lo material a lo simbólico, de la economía al patrimonio, revela la capacidad del ser humano para adaptarse y transformar el dolor en aprendizaje.

Así, los hieleros de Bolívar no son los últimos guardianes de un oficio perdido, sino los primeros protagonistas de una nueva etapa: la del patrimonio vivo, donde el pasado dialoga con el presente para proyectarse hacia un futuro sostenible y consciente.

2.4 Memoria, identidad y transmisión: los hieleros como patrimonio vivo

El oficio del hielero, más que una práctica económica, constituye un testimonio de identidad, memoria y resistencia. Aunque las condiciones materiales que lo originaron han cambiado, su valor simbólico se mantiene intacto. En la provincia de Bolívar, las comunidades de Guanujo y Salinas conservan esta herencia como parte de su ser

colectivo: una manera de mirar la montaña, de entender el trabajo y de relacionarse con la naturaleza.

Este apartado reflexiona sobre la memoria viva de los hieleros, entendida como proceso dinámico de transmisión cultural y no como reliquia estática del pasado. Se analizan los mecanismos mediante los cuales el oficio ha sido resignificado en la actualidad a través de la educación, el arte, el turismo y las políticas de patrimonio y cómo estas nuevas formas de expresión fortalecen la identidad bolivarenses.

El hielo, en tanto símbolo, sigue siendo un lenguaje de continuidad. En cada historia narrada, en cada proyecto comunitario, en cada niño que aprende sobre los hieleros en la escuela, se reaviva la memoria del Chimborazo como montaña sagrada. Este capítulo, por tanto, no cierra una historia: la proyecta hacia el futuro.

2.4.1 La memoria del hielo: entre la tradición y la reinvención

La memoria del hielo no se conserva en monumentos, sino en las voces. En Quindihua, los ancianos relatan las jornadas del hielo con la misma emoción con la que otros pueblos narran batallas o gestas heroicas. Estas narraciones orales constituyen un archivo vivo del territorio, donde se mezclan hechos, mitos y enseñanzas morales.

García Yadira (2019) sostiene que el relato oral es la principal herramienta de transmisión intergeneracional en las comunidades andinas. En los diálogos familiares, durante las mingas o las reuniones comunales, los mayores relatan cómo pedían permiso al Apu antes de cortar el hielo, cómo envolvían los bloques en paja y cómo el viento del

Chimborazo “hablaba” cuando llegaba la lluvia. Estas historias no solo transmiten información, sino también valores: respeto, humildad, reciprocidad.

A diferencia de la historia escrita, la memoria oral no busca exactitud, sino sentido. Cada narrador adapta su relato al contexto y al oyente, lo que convierte la tradición en una forma de creación constante. Así, el oficio del hielero se reinventa en cada generación, demostrando que la memoria andina es, por naturaleza, resiliente y creativa.

Los descendientes de hieleros han comenzado a registrar estos relatos en audio y video, con apoyo de la Universidad Estatal de Bolívar y el GAD Provincial. Este proceso de documentación no sustituye la oralidad, sino que la complementa, permitiendo que las nuevas generaciones escuchen la voz de sus abuelos incluso cuando ya no estén. De este modo, el hielo continúa fluyendo: de palabra en palabra, de corazón en corazón.

2.4.2 Patrimonio vivo: del oficio a la identidad colectiva

La UNESCO (2003) define el patrimonio cultural inmaterial como el conjunto de prácticas, expresiones y conocimientos que las comunidades reconocen como parte de su herencia. En este marco, el oficio del hielero constituye un ejemplo paradigmático de patrimonio vivo, pues combina saberes tradicionales, cosmovisión ancestral y participación comunitaria.

Reconocer a los hieleros como patrimonio vivo implica entender que su valor no reside únicamente en la antigüedad del oficio, sino en su

vigencia social y espiritual. Las comunidades de Bolívar no celebran a los hieleros como personajes del pasado, sino como parte de su presente. Las caminatas al Chimborazo, las festividades del hielo y los talleres educativos son manifestaciones de un patrimonio en acción, donde el aprendizaje y la emoción reemplazan al museo y la vitrina.

El PDyOT Provincial (2024–2028) incluye la promoción del turismo cultural y la preservación de las tradiciones andinas como líneas estratégicas para el desarrollo territorial. En este contexto, la memoria de los hieleros se ha convertido en eje articulador de identidad provincial. No se trata de folklorizar la tradición, sino de reconocerla como fuente de cohesión social y orgullo local.

El patrimonio vivo, a diferencia del monumento, respira. Se alimenta de la participación, del diálogo y de la reinterpretación constante. Los hieleros, al transmitir su legado a través de experiencias turísticas, educativas y artísticas, demuestran que la cultura puede evolucionar sin perder su raíz.

2.4.3 Educación y transmisión intergeneracional

La transmisión del conocimiento sobre el hielo ha encontrado en la educación formal y comunitaria un espacio privilegiado para su revitalización. En la escuela de Quindihua, los niños aprenden sobre los hieleros no solo en los libros, sino en las vivencias. Cada año, los docentes organizan caminatas hacia los miradores del Chimborazo, donde los estudiantes escuchan a los mayores narrar las antiguas jornadas. Esta práctica se ha convertido en una pedagogía del territorio, en la que aprender significa recorrer, sentir y comprender el paisaje.

La Universidad Estatal de Bolívar, a través de su carrera de Turismo y Hotelería, ha impulsado varios programas de vinculación con la comunidad orientados a fortalecer esta transmisión. Entre ellos destacan los proyectos de rutas interpretativas del hielo, la elaboración de material didáctico sobre el oficio y la creación de espacios de diálogo intergeneracional. Estos procesos no solo rescatan la memoria, sino que también desarrollan competencias turísticas, ambientales y patrimoniales entre los estudiantes.

Además, las nuevas generaciones están incorporando la historia de los hieleros a sus expresiones artísticas: obras teatrales, cortometrajes, poesía y música inspiradas en el Chimborazo y en los valores del trabajo ancestral. Así, la educación se convierte en el canal más eficaz para mantener viva la herencia del hielo, transformándola en conocimiento contemporáneo.

La transmisión del saber no busca replicar literalmente el oficio, sino preservar su esencia ética: la reciprocidad, el respeto por la naturaleza y la valoración del esfuerzo colectivo. Estas enseñanzas, integradas en los currículos escolares y universitarios, aseguran que el legado de los hieleros trascienda el tiempo y continúe inspirando a futuras generaciones.

2.4.4 Turismo comunitario y memoria participativa

El turismo comunitario se ha convertido en una herramienta clave para reactivar la memoria y generar sostenibilidad en las comunidades de Bolívar. Iniciativas como la Ruta del Hielo y el Circuito Turístico Académico permiten a los visitantes recorrer los antiguos senderos de

los hieleros, conocer las historias locales y participar en actividades de interpretación ambiental y cultural.

En estas rutas, los descendientes de hieleros actúan como guías y narradores, compartiendo sus experiencias con orgullo. El turismo, en este caso, no busca la espectacularidad, sino el encuentro humano. Los viajeros son invitados a comprender el significado del hielo, a realizar pequeñas ofrendas y a reflexionar sobre la relación entre naturaleza y cultura.

Esta forma de turismo contribuye al fortalecimiento del tejido social, pues genera ingresos complementarios y fomenta la autoestima comunitaria. Más importante aún, convierte al visitante en testigo activo del patrimonio vivo, capaz de valorar el territorio no como destino, sino como escuela.

El desafío radica en mantener la autenticidad del relato, evitando la trivialización del oficio. Por ello, los programas de turismo comunitario impulsados por la Universidad Estatal de Bolívar incorporan principios de ética intercultural, participación local y educación patrimonial. El resultado es un modelo de desarrollo que integra memoria, economía y sostenibilidad, respetando el espíritu del hielo.

2.4.5 Arte, memoria y nuevas narrativas

El arte ha desempeñado un papel fundamental en la reinención contemporánea del mito del hielo. En la última década, diversos artistas, fotógrafos y cineastas ecuatorianos han retratado la vida de los hieleros desde perspectivas estéticas y críticas. Estas obras entre ellas El tiempo

congelado (Guayasamín, 2008) y Los Guardianes del Hielo (2021) han contribuido a difundir la historia y despertar la conciencia sobre la pérdida de los glaciares.

En Bolívar, jóvenes artistas locales han comenzado a crear sus propias representaciones del Chimborazo y sus hieleros. Murales, tejidos y esculturas reinterpretan los símbolos del hielo como metáforas de la identidad provincial. En Guaranda, la Casa de la Cultura Núcleo de Bolívar ha promovido exposiciones fotográficas y poéticas bajo el lema “El hielo también cuenta historias”, donde se combina arte y patrimonio.

Estas expresiones no son simples homenajes, sino formas de resistencia simbólica. En un mundo acelerado, el arte devuelve al hielo su poder de pausa, de contemplación, de conexión. Cada creación, cada poema o imagen del Chimborazo, actúa como una ofrenda contemporánea al Apu, asegurando que la memoria del hielo continúe inspirando nuevas generaciones.

2.4.6 Políticas de salvaguardia y proyección institucional

El reconocimiento de los hieleros como patrimonio vivo requiere también de una acción institucional sostenida. A nivel nacional, el Ministerio de Cultura y Patrimonio ha impulsado políticas de salvaguardia del patrimonio inmaterial basadas en la participación comunitaria. En este marco, la experiencia de Bolívar constituye un modelo replicable, pues combina la iniciativa local con el acompañamiento académico.

El Plan de Desarrollo y Ordenamiento Territorial de Bolívar (2024–2028) establece la necesidad de integrar la gestión cultural en los proyectos de desarrollo provincial, priorizando las tradiciones vinculadas al turismo sostenible y la educación ambiental. Bajo esta directriz, la Universidad Estatal de Bolívar ha asumido un rol protagónico en la investigación, documentación y difusión del legado de los hieleros, mediante seminarios, publicaciones y convenios con organismos internacionales.

Estas acciones institucionales buscan no solo preservar la memoria, sino también darle futuro. El patrimonio no se protege encerrándolo, sino dinamizándolo. La proyección de los hieleros como emblema provincial contribuye a fortalecer la marca territorial de Bolívar, posicionándola como referente de turismo cultural responsable y educación patrimonial en el contexto nacional.

2.4.7 El hielo como pedagogía del equilibrio

En un mundo marcado por el cambio climático y la pérdida de referentes éticos, el legado de los hieleros ofrece una lección de profunda actualidad. Su relación con la montaña, basada en el respeto y la reciprocidad, constituye una pedagogía del equilibrio: una forma de entender la sostenibilidad no como discurso, sino como práctica cotidiana.

Los hieleros enseñaron que la naturaleza no es un recurso inagotable, sino un ser con el que se establece un pacto. Su ética del trabajo, fundada en el esfuerzo colectivo y el agradecimiento a la montaña, anticipa los principios del desarrollo sostenible contemporáneo. En este sentido, el

patrimonio del hielo trasciende lo local y se convierte en modelo de pensamiento ecológico ancestral aplicable a las políticas y proyectos actuales

Integrar esta filosofía en la educación, el turismo y la gestión ambiental es una forma de honrar la sabiduría de los pueblos andinos, que desde hace siglos practican lo que hoy llamamos sostenibilidad. En las manos de los nuevos guardianes del hielo estudiantes, docentes y comunidades se encuentra la posibilidad de mantener vivo ese equilibrio.

La memoria de los hieleros de Bolívar no pertenece al pasado: habita el presente y se proyecta hacia el futuro. En la educación, en el arte, en el turismo y en la gestión institucional, el hielo ha encontrado nuevas formas de existencia que lo mantienen como símbolo de identidad y patrimonio vivo.

El legado de los hieleros enseña que la cultura no se congela, sino que fluye como el agua que desciende de los glaciares. Cada generación la transforma, la adapta y la enriquece. Así, el oficio del hielo continúa cumpliendo su función más profunda: unir a las personas con la montaña, a la memoria con la esperanza, y al trabajo humano con la sabiduría de la naturaleza.

En este diálogo permanente entre el pasado y el porvenir, los hieleros de Bolívar siguen siendo maestros del equilibrio, recordándonos que la verdadera modernidad consiste en no olvidar de dónde venimos ni qué le debemos a la tierra que nos sostiene.

CAPÍTULO III

3 DE “EL ÚLTIMO HIELERO” A LOS HIELEROS DE BOLÍVAR

3.1 Quindihua: cultura y continuidad en la extracción del hielo

La historia del hielo en la provincia de Bolívar tiene un rostro, un territorio y una voz: Quindihua, una comunidad andina enclavada a más de 3.800 metros sobre el nivel del mar, en las faldas del majestuoso Chimborazo. Allí, el paisaje no es únicamente escenario de la vida cotidiana, sino un espacio de memoria, trabajo y espiritualidad, donde el hielo continúa siendo parte del alma colectiva.

Mientras el relato mediático nacional se centró en la figura del “último hielero del Chimborazo”, en Quindihua la historia siguió su curso. Las familias de esta comunidad mantuvieron el vínculo ancestral con el hielo, no como reliquia ni como oficio extinto, sino como expresión viva de su identidad cultural. Este lazo intergeneracional, transmitido oralmente, ha permitido que el oficio persista como práctica simbólica y espiritual en el corazón de la provincia de Bolívar.

El presente apartado tiene como propósito contextualizar el entorno geográfico, social y simbólico de Quindihua, destacando cómo el territorio, las creencias y las prácticas comunitarias han configurado un modelo de continuidad cultural. A partir de fuentes etnográficas García Yadira (2019)) y documentales institucionales (PDyOT Bolívar, 2024–2028), se revela que el hielo, lejos de haber desaparecido, fluye como elemento vivo en la memoria y la cotidianidad de sus habitantes.

3.1.1 Quindihua: territorio de altura y pertenencia

La comunidad de Quindihua pertenece a la parroquia urbana de Guanujo, cantón Guaranda, en el centro geográfico de la provincia de Bolívar. Su nombre de raíz kichwa se asocia con la idea de “nieve que habita en el cerro”, lo que evidencia su íntima conexión con el clima, el agua y la montaña.

Situada en la franja altitudinal que enlaza los páramos del Chimborazo con los valles de Guaranda, Quindihua se caracteriza por su paisaje de transición ecológica, donde conviven pastizales, cultivos andinos y suelos volcánicos. El PDyOT Provincial (2024–2028) la identifica como parte del corredor ecológico altoandino, sustentado en la ganadería, la agricultura de altura y el incipiente turismo comunitario. Sin embargo, el verdadero valor del territorio trasciende lo económico: radica en su dimensión simbólica y espiritual.

Los comuneros conciben la tierra como un cuerpo vivo (camay), con el que mantienen relaciones de reciprocidad. “El cerro nos cuida y nosotros le cuidamos a él”, afirma un testimonio recogido por García Yadira (2019) expresando una cosmovisión donde el ser humano no domina la naturaleza, sino que dialoga con ella en equilibrio. En Quindihua, el territorio no se mide en hectáreas, sino en vínculos: con la montaña, con el agua, con la comunidad.

3.1.2 La montaña sagrada y el valor espiritual del hielo

El Chimborazo, visible desde cualquier punto de la comunidad, es más que un referente geográfico: es el Taita, el padre protector, guardián del

agua y dador de vida. En la cosmovisión andina, los glaciares del Chimborazo constituyen el origen del ciclo vital, ya que de ellos nacen los ríos que alimentan los valles y sustentan la agricultura.

Para los habitantes de Quindihua, el hielo no es un objeto material, sino una manifestación del espíritu del Apu. Antes de ascender, los antiguos hieleros realizaban un rito de permiso conocido como t'inka: depositaban flores, hojas de coca y aguardiente en la base de la montaña. Este gesto de reciprocidad simboliza que el hombre no toma el hielo, sino que lo recibe como don sagrado.

En los relatos recopilados por García Yadira (2019) el Chimborazo “respira y canta”. Los truenos anuncian que “el Taita está vivo” y los días claros son señal de su benevolencia. Esta relación de respeto con la montaña constituye un modelo de ética ecológica ancestral, donde la naturaleza se concibe como maestra y no como recurso.

Incluso cuando el hielo comenzó a venderse en los mercados, las familias guardaban un bloque para usos rituales: bendecir el agua, curar el “susto” o acompañar las ceremonias agrícolas. En ese acto cotidiano se preserva la espiritualidad de un pueblo que no separa lo material de lo sagrado.

3.1.3 Vida comunitaria y economía del equilibrio

Quindihua mantiene una estructura social basada en el principio de la minga, práctica colectiva de cooperación y ayuda mutua. Las faenas agrícolas, la reparación de caminos o las celebraciones comunales se realizan en conjunto, reforzando la solidaridad entre familias. Este

modelo social, descrito por Tuaza (2018), se sustenta en el ayni: “hoy por ti, mañana por mí”.

El oficio del hielero surgió dentro de esta lógica. Subir al Chimborazo era una tarea compartida; los hombres cortaban el hielo, los jóvenes preparaban las mulas, y las mujeres organizaban la comida o esperaban para trocear los bloques a su regreso. La ganancia era repartida equitativamente y parte del hielo se destinaba a las fiestas religiosas. Así, la economía del hielo no era puramente comercial, sino una economía moral sostenida en el trabajo comunitario y la reciprocidad.

Aunque el comercio del hielo natural desapareció, la estructura social de la minga perdura. Hoy, las familias colaboran en proyectos de turismo cultural, rutas interpretativas y educación patrimonial, mostrando a los visitantes los antiguos senderos de los hieleros. De esta manera, la minga se convierte en una forma contemporánea de transmisión del conocimiento ancestral.

3.1.4 Las prácticas rituales y el calendario agrícola

En Quindihua, la vida se organiza conforme al calendario agrícola y ritual. Las festividades de San Pedro y San Pablo (junio) y la Fiesta del Agua (enero) integran el hielo como elemento simbólico de purificación. En estas celebraciones, los comuneros llevan trozos de hielo al altar, combinando la fe católica con las ofrendas andinas.

Según García Yadira (2019) este sincretismo demuestra la capacidad de los pueblos andinos para armonizar lo ancestral con lo cristiano, transformando la religión en un espacio de encuentro intercultural. El

hielo, en este contexto, representa la bendición del agua y la renovación del ciclo vital.

El calendario ritual también incluye observaciones del entorno: la presencia de ciertas aves, el color del cielo o la intensidad del brillo del nevado indican el comportamiento del clima. Cuando el Chimborazo se muestra cubierto de hielo, es buen augurio para la cosecha; cuando su nieve se reduce, los comuneros se preparan para la escasez. Estas prácticas conocidas como pachayachay o conocimiento del tiempo constituyen un saber ambiental ancestral transmitido oralmente.

El hielo, por tanto, no solo purifica el alma, sino que guía la siembra, la cosecha y la esperanza.

3.1.5 De oficio a símbolo patrimonial

Durante el siglo XX, el oficio del hielero en Quindihua experimentó una transición de práctica económica a símbolo de identidad y patrimonio. La llegada del hielo industrial modificó las dinámicas productivas, pero no extinguió la tradición. Las familias adaptaron las prácticas de ascenso y los rituales, transformándolos en experiencias culturales compartidas.

Gracias al apoyo de la Universidad Estatal de Bolívar y del GAD Provincial, la historia de los hieleros ha sido documentada y difundida como patrimonio inmaterial. Los comuneros, hoy actores y narradores de su propia historia, participan en ferias, talleres y exposiciones donde el hielo es emblema de orgullo local.

El hielo ya no se comercializa como producto, sino que se transmite como experiencia pedagógica y espiritual. Las rutas del hielo, las visitas

guiadas y las narraciones orales constituyen nuevas formas de resignificar la herencia ancestral. Este proceso de patrimonialización desde la base comunitaria confirma que el patrimonio no se conserva por decreto, sino por práctica y sentimiento.

El contexto cultural y territorial de Quindihua demuestra que el oficio del hielo no desapareció, sino que se transformó. La comunidad ha sabido integrar su historia a las dinámicas contemporáneas sin perder su raíz ancestral. En sus rituales, mingas y relatos pervive la memoria de quienes ascendieron al Chimborazo, y en sus jóvenes crece la conciencia de que el hielo es más que un recuerdo: es símbolo de identidad, resistencia y espiritualidad andina.

Quindihua representa la voz colectiva que desmiente el mito del “último hielero”. Desde sus faldas, la montaña continúa enseñando que los pueblos que dialogan con su entorno no mueren: se renuevan.

3.2 Testimonios de continuidad

Los testimonios orales constituyen la evidencia más profunda de que el oficio del hielo sigue vivo en la provincia de Bolívar. A través de ellos, la comunidad de Quindihua reafirma su papel como depositaria de una memoria que trasciende generaciones. En las voces de los mayores se entrelazan la historia, la espiritualidad y el orgullo de pertenecer a un territorio donde el Chimborazo continúa siendo fuente de identidad.

Tal como señala García Yadira (2019) en su estudio etnográfico, “el hielo no ha desaparecido, sino que ha cambiado de lugar: ya no se guarda en bloques, sino en la palabra y en la fe de la gente”.

El presente apartado reúne fragmentos testimoniales recogidos durante entrevistas, observaciones participantes y talleres de memoria comunitaria, realizados tanto en el marco del estudio de Yadira García como en las acciones de vinculación de la Universidad Estatal de Bolívar (UEB) 2019.

Estos relatos demuestran que, más allá del mito del “último hielero”, Bolívar conserva una comunidad viva de guardianes del hielo, que transmiten su legado mediante la palabra, la práctica ritual y la enseñanza familiar.

3.2.1 Memoria oral: la voz de los mayores

Las narraciones de los mayores constituyen una forma de archivo oral en la que la historia se conserva a través de la experiencia. En ellas se perciben los ecos del trabajo, la fe y la convivencia con la montaña.

Un comunero de avanzada edad, identificado en la investigación como Don R., recuerda:

“Cuando yo era muchacho, subíamos con mi padre al nevado. No era cosa de ir nomás; había que pedir permiso al Taita. Se dejaba chicha o flores en la piedra y se decía: ‘Taita Chimborazo, danos un poco de tu fuerza’. Si el cerro no tronaba, podíamos cortar. Si tronaba, mejor regresar.”

El testimonio refleja la concepción espiritual del oficio. El hielo se entendía como don del Apu, no como recurso comercial. Subir a la montaña era un acto de respeto y comunión, donde el trabajador se convertía en mediador entre el mundo humano y el natural.

La dimensión espiritual del trabajo también se manifiesta en las palabras de Doña M., esposa de un antiguo hielero

“Cuando ellos subían, nosotras rezábamos. El hielo no era solo trabajo; era bendición. Cuando traían los bloques, los niños los tocaban para curarse o para tener suerte. Siempre se guardaba un pedacito de hielo en la casa para el agua bendita.”

Estos fragmentos confirman que el hielo formaba parte de la vida doméstica y espiritual, un símbolo de salud, purificación y protección.

3.2.2 Transmisión oral e intergeneracional del conocimiento

El saber de los hieleros no se enseñaba en la escuela ni se anotaba en cuadernos; se aprendía caminando, escuchando y observando. La transmisión del conocimiento seguía un patrón empírico y espiritual, en el que la experiencia reemplazaba a la teoría.

García Yadira (2019) describe este proceso como “un aprendizaje que se construye con los pies y con el silencio”, donde cada paso hacia la montaña es una lección de humildad y observación. Los jóvenes acompañaban a sus padres desde temprana edad, aprendiendo a reconocer el tipo de hielo, la dirección del viento y los signos del tiempo.

Uno de los testimonios recogidos por la autora, atribuido a Don L., lo expresa con precisión:

- “Mi tata decía que el hielo tiene voz. Si cruje fuerte, no hay que tocarlo. Si se queda callado, es que ya se dejó coger. El hielo habla, pero hay que saber escucharlo.”

Esta forma de conocimiento sensorial y espiritual refuerza la idea de que el oficio del hielero implicaba una pedagogía del entorno natural, basada en la observación, la intuición y el respeto.

Hoy, los nietos de los antiguos hieleros ya no suben a cortar hielo, pero conservan la enseñanza como valor. En las escuelas locales, los docentes integran estas historias en sus clases, promoviendo la recuperación del saber ancestral. En algunos talleres organizados por la UEB, los estudiantes elaboraron dramatizaciones sobre las jornadas del hielo, utilizando los relatos familiares como guión. Así, el conocimiento se renueva en un diálogo entre tradición y educación.

3.2.3 Celebraciones y ritualidad del hielo

El vínculo con el hielo se mantiene también en las fiestas religiosas y comunitarias, donde la tradición se reinventa cada año. Durante la festividad de San Pedro y San Pablo (junio) y la Fiesta del Agua (enero), los comuneros de Quindihua llevan fragmentos de hielo del Chimborazo hasta el altar principal de la iglesia parroquial.

En este acto, el hielo es depositado junto a flores, velas y hojas de eucalipto. Los ancianos explican que el gesto simboliza la purificación del agua y la gratitud por la vida. Don J., participante de la ceremonia, señala:

“El hielo es agua nueva. Si se pone en la pila del santo, el año será bueno. Si el Chimborazo no tiene nieve, el campo se enferma.”

Estas ofrendas reflejan una fusión entre religiosidad católica y cosmovisión andina, donde la montaña sigue siendo sagrada aunque los

ritos se celebren en el templo. Según (García Yadira, 2019), esta coexistencia espiritual demuestra la capacidad de las comunidades andinas para integrar diferentes creencias sin perder su esencia.

Durante las festividades, los jóvenes organizan representaciones teatrales del trabajo de los hieleros y elaboran bebidas frías con frutas andinas, en homenaje a sus abuelos. Estas actividades, impulsadas por proyectos culturales de la UEB, permiten revivir la memoria del oficio a través del arte y la celebración.

3.2.4 Continuidad simbólica y resistencia cultural

Aunque los hieleros ya no suben regularmente a la montaña, la práctica sobrevive en la memoria, el rito y el afecto. Muchos comuneros siguen visitando el Chimborazo al menos una vez al año, llevando ofrendas o recolectando pequeños trozos de hielo “para bendecir la casa”.

En una entrevista reciente UEB (2022), Don E., descendiente de hieleros, relató:

“Hace unos años subimos con mi hijo. Ya no es como antes, pero queríamos mostrarle cómo se pedía permiso al cerro. Cortamos un pedacito nomás, lo trajimos envuelto en ichu y lo pusimos en el agua de la pila. Para nosotros, eso es cumplir con el Taita”.

Estas visitas, más espirituales que laborales, demuestran que el oficio no desapareció, sino que cambió de función y significado. El hielo dejó de ser mercancía y se transformó en símbolo, en gesto de continuidad. Incluso los jóvenes reconocen su importancia. Una estudiante de secundaria, durante un taller de patrimonio, comentó:

“Nuestros abuelos no eran solo trabajadores, eran sabios. Ellos sabían cuándo el cerro estaba contento y cuándo no. Nosotros queremos seguir subiendo, aunque sea para aprender lo que sentían.”

Este tipo de expresiones revela un proceso de reapropiación identitaria, donde las nuevas generaciones asumen el legado del hielo no como nostalgia, sino como fuente de orgullo.

Los testimonios de Quindihua revelan una continuidad profunda y silenciosa del oficio del hielo en Bolívar. En las palabras de los mayores, en las celebraciones, en los gestos cotidianos y en la curiosidad de los jóvenes, persiste una práctica que el tiempo no ha logrado borrar.

El hielo ya no se corta en grandes bloques, pero sigue siendo símbolo de pureza, equilibrio y pertenencia. A través de la oralidad y la ritualidad, la comunidad ha transformado un oficio físico en una herencia espiritual, reafirmando su vínculo con el Chimborazo

De este modo, los testimonios de Quindihua contradicen el relato del “último hielero” y demuestran que el legado del hielo no terminó, sino que se multiplicó en las voces y memorias de Bolívar.

3.3 Identificación etnográfica de los seis hieleros de Bolívar

La identificación etnográfica de los hieleros de la provincia de Bolívar constituye el corazón de este estudio, pues permite dar rostro y voz a los portadores de una tradición que ha sobrevivido silenciosamente entre el hielo y el viento del Chimborazo. Basado en el trabajo de campo desarrollado por García Yadira (2019) complementado con observación participante y entrevistas recientes del equipo académico de la

Universidad Estatal de Bolívar, este apartado presenta la caracterización de seis hieleros de la comunidad de Quindihua, descendientes y continuadores del oficio ancestral.

El enfoque empleado es narrativo y testimonial, privilegiando la voz de los actores y la descripción cultural antes que el dato estadístico. Cada perfil sintetiza aspectos biográficos, contextuales y simbólicos, subrayando la dimensión humana de un oficio que, más allá del esfuerzo físico, representa un acto de comunión espiritual con la montaña.

Por razones éticas y de confidencialidad, se utilizan seudónimos etnográficos, preservando la identidad de los participantes sin alterar el contenido testimonial ni el contexto real en que fueron recogidas las narraciones.

3.3.1 Caracterización etnográfica de los hieleros de Bolívar

- **Don José Chacha (seudónimo “Taita del hielo”)**

En la memoria viva de la comunidad de Quindihua Central, el nombre de Don José Chacha se pronuncia con respeto. Los comuneros lo recuerdan como el “Taita del hielo”, título que no solo alude a su edad o jerarquía, sino al profundo vínculo espiritual que mantuvo con el Apu Chimborazo, la montaña sagrada que provee el hielo ancestral.

Su figura representa la síntesis del saber técnico y ritual que define al hielero andino: el dominio de la técnica para cortar el hielo sin profanar el glaciar, y la práctica de una religiosidad sincrética donde el trabajo cotidiano es también ofrenda. Desde su juventud, Don José encabezó las caminatas hacia las minas, organizando a los hombres de la comunidad

en grupos que ascendían durante la madrugada, guiados por las estrellas y el sonido del viento entre los pajonales.

El oficio, transmitido por sus mayores a través de la observación y la práctica, respondía a una estructura de aprendizaje comunitaria basada en la autoridad moral del maestro y la obediencia ritual del aprendiz. Antes de cada jornada, Don José realizaba una “limpia de camino”, rociando aguardiente y esparciendo granos de maíz sobre la vereda como acto de reciprocidad con la Pacha Mama. Según relataban sus hijos, repetía siempre las mismas palabras:

“No subimos a quitarle nada al cerro, solo venimos a pedirle un poco de su aliento para curar al pueblo.”

Esta expresión resume la cosmovisión ecológica y simbólica del hielero bolivarense, donde el hielo es más que un recurso natural: es una manifestación vital del espíritu del Chimborazo, un bien sagrado que exige respeto y equilibrio.

Desde una perspectiva técnica, Don José fue un referente de métodos tradicionales de extracción, utilizando herramientas elaboradas artesanalmente pico, azadón y sogas de cabuya que reflejan la economía campesina de autosubsistencia. Su capacidad de lectura del clima, el conocimiento de las rutas seguras y la orientación mediante señales naturales (el brillo del páramo, la posición de las nubes, la textura del hielo) evidencian un sistema de conocimiento empírico que hoy constituye un patrimonio inmaterial de alto valor etnográfico.

En el ámbito familiar, fue el primer transmisor formal del saber del hielo hacia la nueva generación. Su autoridad se extendía más allá del trabajo físico: era también consejero, curandero y mediador en los conflictos comunales. Los jóvenes lo reconocían como “el Taita”, símbolo de equilibrio entre la fuerza del trabajo y la humildad del servicio.

Su retiro del oficio no significó la desaparición del legado. Las entrevistas realizadas por García (2019) registran cómo su discurso se transformó en enseñanza moral: el hielo debía ser comprendido como memoria colectiva, como testimonio de la relación ancestral entre el hombre y la montaña.

Hoy, en la narrativa patrimonial de Bolívar, Don José Chacha encarna la figura arquetípica del hielero sabio, aquel que convierte la rudeza del trabajo en un acto ceremonial. Su vida constituye un testimonio fundamental para la reconstrucción del patrimonio cultural inmaterial de la provincia, y su nombre se mantiene como símbolo de continuidad y resistencia cultural en el Camino Ancestral Sara Kapak Ñan.

- **Doña María Gregoria Chacha (“La guardiana de la palabra”)**

En el entramado simbólico de la comunidad de Quindihua Central, la figura de Doña María Gregoria Chacha, conocida afectuosamente como “La guardiana de la palabra”, representa el eje femenino de la memoria colectiva. Su voz, pausada pero firme, ha sido durante décadas el vehículo de transmisión oral de los saberes, mitos y ritos que sustentan la práctica de los hieleros de Bolívar. Si Don José encarnaba la fuerza ritual del trabajo físico, María Gregoria personifica la dimensión

simbólica y lingüística del conocimiento, aquella que asegura la permanencia del sentido cultural en el tiempo.

Desde una perspectiva etnográfica, su rol adquiere una relevancia patrimonial esencial: fue ella quien mantuvo viva la oralidad que vincula a los hieleros con la montaña sagrada. En su testimonio, recopilado por García (2019) se evidencian elementos de una cosmovisión profundamente sincrética, donde la Pacha Mama, el Apu Chimborazo y los santos católicos coexisten en un mismo universo espiritual. María Gregoria describe con detalle los rezos que pronunciaba antes de que los hombres partieran hacia las minas: bendecía las herramientas con agua perfumada de eucalipto y colocaba granos de maíz en las mochilas como símbolo de abundancia y protección.

En su narrativa emerge la noción de “palabra viva” (*rimaq sonqo* en kichwa), entendida como energía espiritual que enlaza a los seres humanos con las fuerzas naturales. Para ella, cada relato, canto o rezo constituía una forma de equilibrio entre la comunidad y la montaña. A través de estas prácticas verbales, Doña María Gregoria no solo comunicaba historias del pasado, sino que reforzaba los códigos éticos y las reglas de comportamiento que normaban la vida comunal. Su casa, ubicada en la parte media del camino hacia el páramo, se convertía en punto de reunión para los caminantes: allí se compartían las últimas noticias del clima, se pedían consejos y se escuchaban las antiguas leyendas del Taita Chimborazo.

Su rol, dentro de la estructura social, se relaciona con lo que la antropología denomina agente de transmisión intergeneracional de la

cultura. Las mujeres como ella sostienen la base intangible del patrimonio, conservando relatos, canciones, fórmulas de sanación y prácticas rituales que no figuran en los registros escritos. Desde una lectura técnica, María Gregoria actuaba como mediadora cultural entre la comunidad y el entorno natural: sus rezos constituían un sistema de regulación espiritual del trabajo, marcando el inicio y el cierre de los ciclos productivos asociados a la extracción del hielo.

En sus relatos, el hielo adquiere dimensiones metafóricas: es “la piel blanca del cerro”, “la saliva del viento”, “la lágrima del tiempo”. Estas metáforas revelan una poética ecológica ancestral, donde los elementos naturales son sujetos dotados de voluntad y emoción. Tal perspectiva coincide con el pensamiento andino relacional, en el cual la naturaleza no se concibe como objeto de explotación, sino como entidad de reciprocidad.

Doña María Gregoria fue también portadora de la memoria musical. Conservaba antiguos yaravíes y tonadas de despedida que se entonaban cuando los hieleros emprendían su ascenso. Según su testimonio, el canto era “una forma de calentar el alma antes del frío”. Estas expresiones constituyen un valioso registro del patrimonio inmaterial sonoro de la región y evidencian el rol de la mujer como custodia emocional y espiritual de la comunidad.

En el marco del estudio del patrimonio inmaterial, María Gregoria Chacha representa la dimensión simbólica del conocimiento oral femenino, un componente indispensable en la comprensión del oficio del hielero no solo como actividad económica, sino como práctica

cultural integral. Su palabra memoria, canto y consejo preserva el alma del hielo: lo nombra, lo bendice y lo devuelve al ciclo natural del Chimborazo.

En la actualidad, su legado permanece entre los descendientes de los Chacha, quienes recuerdan sus relatos en las noches frías de Quindihua. Su voz, como un eco que desciende de la montaña, continúa cumpliendo su misión de guardiana del verbo y del espíritu, asegurando que el oficio del hielo no se congele en el olvido, sino que siga fluyendo, transparente y vivo, como el agua que retorna al río.

- **Don Francisco Chacha (“El último caminante”)**

En el paisaje cultural de la comunidad de Quindihua Central, la figura de Don Francisco Chacha, conocido como “El último caminante”, constituye la personificación del esfuerzo humano frente a la adversidad de la montaña. Su vida representa la continuidad material del oficio del hielero, aquel que, tras la retirada de los mayores, asumió el compromiso de mantener viva una tradición que se desvanecía lentamente entre los vientos del páramo y el olvido de la modernidad.

Desde una lectura etnográfica, Don Francisco simboliza la transición generacional del saber del hielo. Aprendió el oficio a la edad de quince años, acompañando a su padre, Don José, en las primeras travesías hacia las minas naturales del Chimborazo. De él heredó no solo las técnicas de corte y extracción, sino también el sentido ritual de la caminata, entendida como acto de comunión con la montaña. Su testimonio, recogido por García (2019) revela una concepción casi mística del recorrido: “El camino no se camina solo decía, se camina con los

mueritos, con los que ya no pueden venir, y con el hielo que nos escucha”.

El ascenso hacia las minas implicaba entre siete y nueve horas de marcha, atravesando zonas de pajonal y niebla, donde el frío cortante se mezclaba con el olor a tierra húmeda y el silencio del altiplano. Don Francisco conocía con precisión cada punto del trayecto: los descansos, los abrevaderos, los cruces donde el viento cambia de dirección. Ese conocimiento espacial y climático, transmitido oralmente y validado por la experiencia, constituye una forma de cartografía cultural que integra los saberes empíricos locales al patrimonio territorial de Bolívar.

En términos técnicos, su método de trabajo seguía la lógica artesanal de la tradición: el uso de picos metálicos, sogas de cabuya y costales de paja para envolver el hielo y evitar su derretimiento durante el descenso. Cada bloque, de aproximadamente treinta kilos, era transportado en mulas hasta los mercados de Guaranda y Riobamba, donde se intercambiaba por alimentos o pequeñas sumas de dinero. Sin embargo, para Don Francisco el valor del hielo nunca fue económico; lo consideraba “una ofrenda del cerro que debía bajarse con respeto, sin codicia ni apuro”.

Su experiencia condensa una profunda ética del trabajo campesino asociada a la reciprocidad. Antes de cortar el hielo, realizaba una breve oración y depositaba tres hojas de eucalipto en la superficie del glaciar como símbolo de agradecimiento. Estas prácticas, observadas durante la investigación de campo, se inscriben dentro del sistema ritual andino de ayni (reciprocidad) y suma kawsay (vida en equilibrio), constituyendo

un patrimonio inmaterial que articula la dimensión espiritual del oficio con la sostenibilidad del entorno natural.

A diferencia de sus antecesores, Don Francisco enfrentó los efectos directos de la modernización: la pérdida del mercado artesanal del hielo, el abandono del oficio por parte de los jóvenes y la creciente percepción de que la tradición carecía de rentabilidad. No obstante, su persistencia convirtió su práctica en acto de resistencia cultural, un testimonio tangible de la identidad bolivarenses frente a las presiones de la globalización. En su discurso, la caminata adquiere el valor de un rito de afirmación: seguir subiendo al cerro era también una forma de decir que la comunidad aún existía, que su cultura seguía latiendo en los pasos sobre la escarcha.

Don Francisco es recordado por los comuneros como un hombre de pocas palabras, de mirada serena y paso firme. Su silueta, envuelta en el poncho rojo y el sombrero oscuro, se convirtió en una imagen icónica del Taita Chimborazo, cargada de simbolismo y emoción. En la tradición oral contemporánea, su figura se asocia al “último eco de los hieleros”, aquel que todavía escucha el lenguaje de la montaña cuando el viento sopla hacia el sur.

En el marco del patrimonio cultural inmaterial, Don Francisco Chacha encarna el principio de la continuidad del conocimiento, un eslabón entre la práctica ancestral y la memoria moderna. Su testimonio es indispensable para comprender la dimensión humana del oficio del hielo: la disciplina del cuerpo, la resistencia del espíritu y la comunión con la naturaleza como pilares de una identidad colectiva que, aunque

envejecida por el tiempo, continúa caminando con dignidad por los senderos del Chimborazo.

- **Don Fulgencio Chacha (+) (“El cuidador del camino”)**

En la memoria reciente de la comunidad de Quindihua Central, el nombre de Don Fulgencio Chacha, conocido con respeto y afecto como “El cuidador del camino”, ocupa un lugar de profunda significación espiritual. Su fallecimiento, ocurrido en el año 2024, marcó el cierre de una época y el inicio de una nueva etapa de reflexión sobre el sentido del oficio del hielo en la provincia de Bolívar. Más que un trabajador del hielo, Fulgencio fue el guardián de la ruta, el hombre que entendía que sin camino no hay tradición y que sin vínculo territorial no hay memoria colectiva.

A diferencia de sus antecesores, cuya labor se centraba en la extracción y comercialización del hielo, Don Fulgencio asumió como misión personal el mantenimiento físico y simbólico de la senda ancestral que conecta a Quindihua con las minas del Chimborazo. Cada tramo del Sara Kapak Ñan representaba para él una porción viva de historia. Desde su juventud, se dedicó a reparar pasos erosionados, reconstruir pequeñas pircas y colocar piedras de orientación para los caminantes. Esta tarea, ejecutada muchas veces en soledad, lo convirtió en figura emblemática de la conservación comunitaria del paisaje cultural.

En las entrevistas realizadas durante el trabajo etnográfico (García, 2019), Don Fulgencio afirmaba con convicción que “el camino siente cuando uno lo pisa con respeto”. Esta frase resume su visión cosmogónica del territorio: el sendero no es una simple vía de tránsito,

sino un organismo espiritual, dotado de sensibilidad y memoria. Desde una perspectiva antropológica, su práctica se inscribe en la categoría de guardianes del espacio sagrado, actores culturales que aseguran la continuidad de las rutas ceremoniales y su transmisión a las nuevas generaciones.

Técnicamente, su conocimiento sobre el terreno era excepcional. Sabía identificar los puntos de erosión y los cambios de textura del suelo según la humedad o la época del año. Utilizaba herramientas sencillas una pala, una barra metálica y su bastón de madera, pero las manejaba con precisión, guiado por una comprensión empírica del relieve y del comportamiento del páramo. Cada acción suya respondía a un principio de armonía ecológica: reparar el camino sin alterar su forma original, permitiendo que “respire la tierra”.

Su vínculo con el oficio del hielo se mantenía desde una dimensión espiritual. Aunque ya no ascendía hasta las minas, acompañaba a los hieleros hasta los primeros tramos del páramo y realizaba con ellos los rituales de partida. Encendía una fogata al amanecer, rociaba el suelo con trago y pronunciaba una oración en kichwa pidiendo permiso a la montaña. Era, como solían decir los comuneros, “el que abre el camino y el que lo despide”. Este papel de mediador entre el territorio y la comunidad lo consolidó como figura ritual y simbólica de la práctica etnográfica del hielo.

Con el paso de los años, Don Fulgencio se convirtió también en un referente moral para los jóvenes. Promovía el respeto por las costumbres antiguas y defendía la necesidad de revalorizar la identidad bolivarenses

a través del turismo comunitario. Participó activamente en los procesos de socialización de proyectos culturales impulsados por la Universidad Estatal de Bolívar, aportando con su testimonio a la construcción del discurso patrimonial del Camino Ancestral. En dichos espacios insistía en que la ruta debía mantenerse “abierta para los caminantes y para los sueños”, recordando que el turismo debía servir para enseñar respeto, no para mercantilizar la tradición.

Su fallecimiento en 2024 fue profundamente sentido en Quindihua. La comunidad realizó una caminata simbólica en su honor, repitiendo su trayecto habitual hasta el mirador donde solía detenerse a observar el Chimborazo. En esa ceremonia, mujeres y hombres depositaron flores silvestres sobre las piedras del sendero, reafirmando su compromiso con la conservación de la ruta. Desde entonces, muchos lo recuerdan como un “apusullu”, un espíritu protector del camino, cuya presencia se percibe en los días de neblina cuando el viento sopla desde el norte.

En términos patrimoniales, Don Fulgencio Chacha representa la dimensión territorial del oficio del hielero, aquella que une la práctica humana con la preservación del espacio sagrado. Su vida testimonia una comprensión profunda del paisaje como sujeto cultural y no como escenario. En él confluyen la ética del cuidado, la espiritualidad andina y la sabiduría campesina heredada de generaciones anteriores.

Hoy, su memoria se mantiene viva no solo en los relatos de sus familiares, sino también en las sendas que restauró con sus propias manos. Cada piedra colocada, cada curva del camino que él limpió, se convierte en parte del patrimonio tangible e intangible de Bolívar. Su

legado reafirma que el verdadero hielero no es únicamente quien extrae el hielo, sino también quien mantiene vivo el sendero por donde transita la historia.

- **Don Fulgencio Chacha Bayas (“El maestro de la sogá”)**

En el universo cultural de Quindihua Central, donde cada integrante de la familia Chacha encarna una faceta distinta del antiguo oficio del hielo, Don Fulgencio Chacha Bayas, conocido como “El maestro de la sogá”, destacó por haber elevado una tarea técnica la fabricación de sogas de cabuya al rango de arte ritual y símbolo de identidad colectiva. Su legado, aún presente en los talleres comunitarios y en la memoria de los jóvenes aprendices, constituye una muestra de cómo el conocimiento manual, cuando se integra a la cosmovisión andina, se transforma en un acto sagrado de equilibrio y transmisión cultural.

Herederero del linaje de hieleros encabezado por Don José Chacha, Fulgencio Bayas representó la fase artesanal y operativa del ciclo del hielo: era quien preparaba las herramientas esenciales para la jornada, especialmente las sogas que servirían para sujetar los bloques de hielo extraídos del Chimborazo. Su dominio técnico del trenzado de cabuya fue producto de décadas de práctica y observación. Aprendió a seleccionar las fibras adecuadas según su madurez, resistencia y flexibilidad, siguiendo un proceso que incluía el secado natural, el raspado con piedra volcánica y la torsión rítmica mediante las manos y el muslo, técnica que en la región se conoce como “torcer con alma”.

Desde una mirada antropológica, esta práctica artesanal trasciende la funcionalidad material: cada sogá es también una extensión simbólica

del vínculo entre el hombre y la montaña. Don Fulgencio afirmaba que “la sogla es la venita del cerro, por donde baja su fuerza”. Así, su trabajo se inscribe en una lógica de reciprocidad donde el tejido no solo sirve para amarrar el hielo, sino también para “atar la memoria” de quienes lo extraen. Esta concepción, documentada en el estudio de García (2019) refleja la persistencia de un pensamiento andino integrador, en el que el acto técnico se asume como expresión ritual y ecológica.

En el contexto del oficio del hielero, el aporte de Don Fulgencio Bayas fue determinante. Su precisión en el cálculo del grosor, la tensión y la longitud de cada sogla garantizaba que el hielo llegara intacto hasta los mercados de Guaranda. Desde una perspectiva técnica, su conocimiento empírico anticipa principios de ergonomía tradicional y eficiencia de materiales: entendía que una cuerda demasiado tensa podía fracturar el bloque, y que una trenza débil comprometía todo el recorrido. En sus talleres, explicaba que “la sogla buena no se hace con fuerza, sino con paciencia y respeto”.

Además de su destreza manual, Don Fulgencio desempeñó un papel pedagógico clave dentro de la comunidad. Consciente del riesgo de desaparición de los oficios tradicionales, impulsó la enseñanza intergeneracional del tejido de cabuya, convirtiendo su casa en un pequeño espacio de aprendizaje abierto a niños y jóvenes. En coordinación con la Universidad Estatal de Bolívar y el GAD parroquial, participó en proyectos de revitalización cultural orientados a registrar y sistematizar estos saberes como parte del patrimonio inmaterial de la provincia. De este modo, su labor artesanal trascendió los límites

domésticos para convertirse en un modelo de sostenibilidad cultural y turística.

Su práctica estaba acompañada de gestos rituales sencillos pero significativos: antes de iniciar el trenzado, se persignaba mirando hacia el Chimborazo y colocaba un pequeño trozo de hielo derretido sobre la fibra, como símbolo de bendición. Según sus propias palabras, “sin el frío del cerro, la cabuya no canta”. Esta afirmación, poética y a la vez técnica, evidencia una concepción animista del trabajo artesanal, donde la materia posee espíritu y colabora con el artesano en la creación.

En términos de estructura simbólica, Don Fulgencio Chacha Bayas representa la dimensión artesanal del patrimonio del hielo, aquella que combina técnica, estética y espiritualidad. Su habilidad con las manos lo transformó en un mediador entre lo tangible y lo intangible, entre el objeto funcional y la emoción colectiva. Al igual que sus parientes hieleros, comprendía que el valor del trabajo no radica únicamente en el producto final, sino en el proceso de creación y en la energía que se transmite a través de él.

Su legado continúa vigente entre los comuneros que han aprendido su método y lo aplican en nuevas expresiones culturales, como la elaboración de sogas decorativas, tapices o accesorios turísticos que rescatan la tradición ancestral. Cada una de estas piezas mantiene el principio ético que él enseñaba: “la sogá no se corta, se hereda”. En esa frase se resume su filosofía de vida: todo conocimiento, como toda cuerda, debe enlazar generaciones sin romper la continuidad del tiempo.

Desde una perspectiva patrimonial, la figura de Don Fulgencio Chacha Bayas articula el saber técnico con la identidad cultural, y permite comprender cómo los oficios asociados al hielo se expanden más allá del acto físico de extraerlo, integrando una red de saberes complementarios que configuran la memoria productiva y espiritual de Bolívar. Su vida es un testimonio de resistencia artesanal frente al olvido, y su legado, una lección de humildad y maestría que perdura en las manos de quienes aún trenzan la historia del Chimborazo.

- **Doña María Mercedes Chacha (“La voz de la montaña”)**

En el vasto tejido cultural de Quindihua Central, el nombre de Doña María Mercedes Chacha, conocida como “La voz de la montaña”, evoca la dimensión más sensible y poética del universo de los hieleros de Bolívar. Su presencia, serena y luminosa, encarna la expresión femenina del vínculo espiritual con el Chimborazo, donde el canto, la palabra y la emoción constituyen formas de comunicación con la naturaleza y con los antepasados. En ella convergen la oralidad, la devoción y la estética popular, elementos que, desde la mirada etnográfica, otorgan coherencia simbólica al ciclo cultural del hielo.

Doña María Mercedes no ascendía al nevado con frecuencia; su lugar estaba en la base del camino, donde despedía a los caminantes con canciones antiguas y oraciones en kichwa. Su voz, profunda y temblorosa, se escuchaba en las madrugadas frías cuando los hieleros partían hacia la montaña. Cantaba versos que hablaban de la fuerza del cerro, del hielo como medicina y de la esperanza del regreso. Estas coplas, recopiladas parcialmente en el trabajo de campo de García (2019

constituyen un valioso testimonio de poesía oral andina, cargada de metáforas naturales y afectivas. En sus letras, el hielo “duerme en la barriga del cerro” y “llora cuando el hombre lo arranca”, expresiones que sintetizan la visión ecológica y emocional de la comunidad frente al acto de extracción.

En términos antropológicos, María Mercedes representaba la mediadora simbólica entre lo humano y lo sagrado. Su canto no era entretenimiento, sino ofrenda: un gesto de reciprocidad que acompañaba el inicio del trabajo y equilibraba las energías del grupo. En la cosmovisión local, su voz servía para “abrir el camino” en el plano espiritual, del mismo modo que Fulgencio lo hacía en el terreno físico. De esta forma, el canto se constituía en un rito de tránsito que vinculaba el espacio doméstico con el espacio ceremonial del páramo.

Desde un enfoque técnico del patrimonio inmaterial, su práctica integra tres dimensiones clave:

- El componente sonoro, manifestado en los cantos de despedida y bienvenida, con estructuras rítmicas pentatónicas propias del yaraví serrano.
- El componente ritual, que acompaña los ciclos productivos del hielo y las festividades comunitarias.
- El componente identitario, al ser depositaria de una memoria poética que sintetiza la historia, el sufrimiento y la espiritualidad del pueblo kichwa bolivareense.

Su repertorio musical, compuesto por versos aprendidos de su madre y adaptados a su propia sensibilidad, se transmitía de manera oral durante las reuniones comunales o las festividades del calendario agrícola. Las mujeres más jóvenes la recuerdan sentada junto al fogón, hilando lana mientras entonaba melodías que evocaban las voces del viento y el crujir del hielo. En sus cantos convivían la nostalgia por los tiempos en que los hieleros eran numerosos y el orgullo por la resistencia cultural de su familia. Así, la palabra se convertía en un instrumento de resiliencia colectiva.

El valor de su testimonio radica también en su función de equilibrio emocional dentro del grupo. Mientras los hombres enfrentaban la dureza del trabajo físico, María Mercedes sostenía la dimensión afectiva de la tradición. Su voz ofrecía consuelo, pero también dirección moral: enseñaba que la montaña debía ser respetada como madre, no como mina. En su discurso aparece con fuerza la noción de *alli kawsay* la vida buena, entendida como coexistencia armónica entre el ser humano, el entorno y lo espiritual.

Su visión del Chimborazo transcendía el paisaje; lo concebía como una entidad viva que observa, escucha y enseña. “El cerro tiene oído decía, por eso hay que hablarle bonito.” Esta frase, reiterada en distintas entrevistas, resume la sensibilidad estética y ecológica de su pensamiento: la palabra y el canto como mediaciones entre la naturaleza y el espíritu humano. En este sentido, su aporte a la cultura del hielo no fue material, sino afectivo y simbólico, fundamento esencial de la identidad colectiva.

A lo largo de su vida, Doña María Mercedes participó activamente en mingas, rituales de siembra y celebraciones del solsticio, integrando el canto al calendario agrícola y ceremonial de Quindihua. Su presencia en los encuentros de socialización organizados por la Universidad Estatal de Bolívar permitió documentar parte de este patrimonio sonoro, contribuyendo a su reconocimiento como expresión viva del patrimonio inmaterial provincial.

En el plano poético, su voz es hoy metáfora de continuidad. Representa la memoria sonora del Chimborazo, la vibración que mantiene unido el pasado con el presente, lo humano con lo divino. En la narrativa colectiva, se dice que su canto aún puede escucharse en los días claros, cuando el eco viaja desde las quebradas hacia la cumbre.

Así, Doña María Mercedes Chacha no solo fue una mujer de canto, sino una sacerdotisa del sonido, guardiana de la energía del hielo y de la palabra ancestral. Su legado se inscribe en la categoría de patrimonio inmaterial sonoro y ritual, recordando que en la cultura andina no existe separación entre trabajo y espiritualidad, entre arte y devoción. Su voz, como la montaña que la inspiró, permanece: firme, sagrada y eterna

3.4 Interpretación cultural y conclusiones

La comunidad de Quindihua representa un microcosmos del alma andina, un espacio donde el trabajo, la fe y la naturaleza convergen en torno a un mismo elemento: el hielo del Chimborazo. Más allá de la dureza del oficio, lo que permanece en el tiempo es el sistema de valores, símbolos y significados que los comuneros han tejido en torno a esta práctica ancestral.

En las secciones anteriores se evidenció que el oficio no desapareció con la modernidad ni con la figura mediática del “último hielero”. En Bolívar, y particularmente en Quindihua, el hielo sigue siendo un lenguaje cultural, una forma de expresar identidad, reciprocidad y pertenencia.

El presente apartado ofrece una interpretación cultural del oficio del hielo, analizando su dimensión simbólica, su papel como patrimonio vivo y su vigencia en la configuración de la identidad provincial. Se parte de los testimonios recogidos por García Yadira (2019) y de la observación de campo realizada por la Universidad Estatal de Bolívar (2021–2023), para comprender el significado contemporáneo de ser “hielero de Bolívar”.

3.4.1 El significado actual de ser hielero de Bolívar

Ser hielero en el contexto actual no implica necesariamente cortar hielo del nevado, sino mantener viva una manera de entender el mundo. Los comuneros que aún recuerdan el oficio se autodenominan “Determinación de las potencialidades bioturísticas del camino histórico Sara Kapak Ñan, en la provincia de Bolívar“, porque consideran que su misión no es conservar el producto, sino el conocimiento, los valores y la conexión espiritual con el Chimborazo.

En palabras de Don Francisco Chacha, uno de los portadores entrevistados por García Yadira (2019):

- “El hielo ya no se vende, pero se enseña. Subir o no subir ya no importa; lo importante es que el Taita sepa que seguimos agradecidos.”

Este testimonio revela que el oficio ha trascendido su dimensión productiva para convertirse en una práctica simbólica de identidad y gratitud. La continuidad no se mide en kilos de hielo, sino en la permanencia del vínculo afectivo con la montaña.

Los descendientes de hieleros, por su parte, asumen la herencia con orgullo. Muchos participan en actividades de turismo comunitario, educación ambiental y proyectos culturales vinculados al Chimborazo. Para ellos, ser “hielero de Bolívar” significa ser parte de una historia que aún respira, una narrativa colectiva que dignifica el trabajo de sus antepasados y fortalece su identidad provincial.

3.4.2 La continuidad del oficio como resistencia simbólica

En un mundo donde la modernidad tiende a borrar los saberes tradicionales, la persistencia del oficio del hielo se convierte en un acto de resistencia cultural. Los hieleros de Bolívar no se opusieron a la modernidad, sino que la enfrentaron desde la adaptación: transformaron su oficio en relato, su experiencia en enseñanza y su sacrificio en símbolo.

Falconi Diego (2015) sostiene que la imagen del hielero andino encarna “la persistencia del cuerpo frente al tiempo y la montaña”, es decir, la voluntad humana de dialogar con la naturaleza sin destruirla. En ese

sentido, los hieleros de Bolívar son una metáfora de resistencia ante el olvido: representan la capacidad de recrear la tradición sin perder su raíz.

Cada visita al Chimborazo, cada ofrenda en las fiestas del agua o cada historia contada a los niños es un acto político y espiritual a la vez. Significa decir: “estamos aquí”, “existimos”, “seguimos siendo parte del nevado”. En tiempos de cambio climático y crisis ecológica, esta forma de resistencia adquiere una dimensión aún más profunda: recuerda que la relación entre el ser humano y la naturaleza debe basarse en respeto, reciprocidad y cuidado mutuo

El hielo, entonces, no es solo una sustancia natural; es un símbolo de equilibrio, un espejo donde la comunidad se reconoce a sí misma como parte de un ciclo mayor de vida

3.4.3 La comunidad como portadora de patrimonio vivo

El caso de Quindihua confirma que el patrimonio cultural no reside únicamente en monumentos o documentos, sino en las prácticas sociales y espirituales que las comunidades recrean cotidianamente.

De acuerdo con la definición de la UNESCO (2024) el patrimonio inmaterial abarca “los usos, representaciones, expresiones y conocimientos que las comunidades reconocen como parte de su identidad”. Bajo esta perspectiva, los hieleros de Bolívar constituyen un ejemplo paradigmático de patrimonio vivo, ya que su saber continúa siendo practicado, reinterpretado y transmitido.

El Plan de Desarrollo y Ordenamiento Territorial de Bolívar (Gad Bolívar 2024) reconoce a Quindihua como un nodo estratégico de la

“Ruta del Hielo”, integrando la tradición ancestral a los circuitos turísticos y educativos de la provincia. Este reconocimiento institucional ha permitido articular esfuerzos entre el Gobierno Provincial, la Universidad Estatal de Bolívar y las comunidades locales, fortaleciendo el sentido de pertenencia y sostenibilidad del territorio.

El carácter de “patrimonio vivo” radica precisamente en la capacidad de adaptación. Los comuneros han sabido transformar su conocimiento en recurso pedagógico, su trabajo en símbolo y su espiritualidad en atractivo cultural. Cada minga, cada taller, cada recorrido turístico constituye una forma contemporánea de reproducción del patrimonio.

3.4.4 La identidad provincial y la reivindicación del legado del hielo

El mito del “último hielero” redujo a un solo individuo una historia que pertenece a pueblos enteros. Frente a esa narrativa limitada, los comuneros de Bolívar han comenzado a reivindicar su papel en la historia del hielo, rescatando los nombres, las rutas y las memorias que por décadas permanecieron invisibilizadas.

Esta reivindicación no se expresa en confrontación, sino en orgullo. Los pobladores de Quindihua no niegan la importancia de Baltazar Ushca; la reconocen como parte de un relato nacional. Pero al mismo tiempo (hieleros de Bolívar, el Chimborazo no sería el mismo.

La identidad provincial se construye así desde la memoria compartida, desde el reconocimiento de que la cultura del hielo forma parte del ADN simbólico de Bolívar

Los proyectos de turismo comunitario, las ferias de patrimonio y las actividades académicas de la UEB han contribuido a consolidar esta visión, posicionando al territorio como referente nacional de patrimonio inmaterial andino.

El hielo, convertido en emblema, permite unir pasado y presente, tradición y modernidad, academia y comunidad. En palabras de un joven participante del proyecto “Determinación de las potencialidades bioturísticas del camino histórico Sara Kapak Ñan, en la provincia de Bolívar” (UEB, 2023):

- “El hielo de Bolívar no se derrite, se transforma. Está en nuestra sangre, en nuestras historias y en las manos que aún saben pedirle permiso al Taita.”

3.5 Conclusión general del capítulo

La historia de Quindihua demuestra que el oficio del hielo no es una reliquia del pasado, sino una práctica viva que evoluciona con el tiempo. Los testimonios, las prácticas rituales y la caracterización etnográfica de los seis hieleros confirman que en Bolívar subsiste una comunidad que, a través del trabajo, la palabra y la fe, ha sabido mantener el equilibrio entre tradición y cambio.

El hielo, en su dimensión simbólica, se convierte en metáfora de la identidad bolivareense: frío y fuerte, pero también transparente y generoso. En él se reflejan los valores que sostienen la vida comunitaria: el esfuerzo, la reciprocidad, la gratitud y la armonía con la naturaleza.

Quindihua no es el final de una historia; es su continuidad. Desde sus páramos, el eco del Chimborazo recuerda que la memoria no se congela: se renueva con cada generación que aprende a mirar la montaña con respeto y amor.

CAPÍTULO IV:

4 LA IDENTIDAD COMO PATRIMONIO VIVO Y REIVINDICACIÓN PROVINCIAL

4.1 De la memoria al reconocimiento: el proceso de patrimonialización del hielo

El proceso mediante el cual el oficio del hielero pasó de ser una práctica de subsistencia a convertirse en símbolo patrimonial de la provincia de Bolívar constituye un caso paradigmático dentro de los estudios contemporáneos de patrimonio vivo en el Ecuador.

Lejos de un proceso impuesto desde las instituciones, la patrimonialización del hielo ha sido un movimiento construido desde las comunidades, acompañado por la academia y respaldado por los gobiernos locales.

En este contexto, el reconocimiento del Camino Histórico de los Hieleros y de las prácticas asociadas a la extracción del hielo del Chimborazo como parte del patrimonio cultural inmaterial de Bolívar responde a una doble necesidad: preservar la memoria colectiva y reivindicar la identidad provincial frente al relato hegemónico que redujo el fenómeno a la figura del “último hielero”.

Esta primera entrega examina el tránsito del oficio hacia su reconocimiento patrimonial, analizando el papel de las comunidades de Quindihua, la Universidad Estatal de Bolívar, el Instituto Nacional de Patrimonio Cultural (INPC) y el Gobierno Provincial.

A través de esta mirada, se comprende que la patrimonialización del hielo no es solo un acto de conservación, sino una acción de justicia histórica y territorial.

4.1.1 El oficio del hielo como expresión de patrimonio vivo

El concepto de patrimonio vivo adoptado por la Convención de la UNESCO para la Salvaguardia del Patrimonio Cultural Inmaterial (2003) reconoce que las culturas se conservan a través de prácticas dinámicas, recreadas constantemente por las comunidades que las portan.

En este sentido, el oficio del hielero cumple con todos los criterios establecidos por la UNESCO y por el Modelo de Patrimonio Inmaterial del INPC (2018):

- Es una práctica transmitida oralmente de generación en generación.
- Posee una función social y simbólica esencial en la identidad colectiva.
- Está asociada a conocimientos tradicionales sobre la naturaleza y el cosmos.
- Se mantiene viva gracias a la participación comunitaria.

En Bolívar, estas condiciones se verifican plenamente. Los hieleros y sus familias no solo conservan técnicas de corte, transporte y

conservación del hielo, sino también un conjunto de valores éticos y rituales que estructuran su relación con la montaña.

El acto de “pedir permiso” al Chimborazo antes de cortar el hielo, por ejemplo, constituye una práctica espiritual que trasciende lo funcional, situando al oficio en el ámbito de lo sagrado.

Como señala García Yadira (2019) “el hielo no es una mercancía, sino una bendición; y su extracción, un acto de diálogo entre el hombre y la montaña”. Esta comprensión es la que convierte al oficio en patrimonio vivo, pues su valor no radica en el producto, sino en la relación cultural que lo sostiene.

4.1.2 De la práctica ancestral al reconocimiento institucional

El proceso de patrimonialización del hielo en Bolívar no fue inmediato ni unilateral. Surgió a partir de procesos comunitarios de memoria y documentación, impulsados inicialmente por docentes e investigadores de la Universidad Estatal de Bolívar (UEB), en coordinación con el GAD Provincial y el INPC.

Entre 2019 y 2020 se desarrollaron diversas iniciativas de investigación, entre ellas los trabajos de Escobar (2019) y Chillo & Villagómez (2019) que aportaron metodologías de diagnóstico y evaluación del potencial turístico y cultural del Camino Histórico de los Hieleros.

Estos estudios aplicaron la metodología del MINTUR (2016) para la jerarquización de atractivos, identificando el camino como un eje de alta significancia patrimonial y paisajística.

Escobar Santiago (2019) propuso el “Diseño de facilidades turísticas en el camino histórico de los hieleros”, planteando la adecuación de miradores, centros de interpretación y señalética cultural que permitieran fortalecer la experiencia educativa y espiritual de los visitantes.

Por su parte, Chillo Adriana & Villagómez Jasmin, (2019) desarrollaron la “Evaluación del potencial turístico del camino histórico”, destacando el valor cultural de Quindihua y las comunidades cercanas como espacios de memoria y patrimonio.

A partir de estos aportes, la UEB consolidó un enfoque integral de gestión patrimonial, articulando tres ejes:

- Investigación y documentación etnográfica.
- Educación patrimonial y vinculación universitaria.
- Desarrollo turístico sostenible y participación comunitaria.

Este modelo participativo permitió que el oficio del hielo sea reconocido no solo como una tradición local, sino como emblema identitario de la provincia de Bolívar, incorporado al Plan de Desarrollo y Ordenamiento Territorial (PDyOT 2024–2028) como elemento estratégico del turismo cultural y comunitario.

4.1.3 El Camino Histórico de los Hieleros: patrimonio territorial y simbólico

El Camino Histórico de los Hieleros constituye una de las rutas más emblemáticas del centro andino ecuatoriano.

Según el estudio de Chillo Adriana & Villagómez Jasmin (2019) este camino que se inicia en Guaranda y asciende por Guanujo, Quindihua y otras de la zona alta de la parroquia Salinas hasta las estribaciones del Chimborazo conserva huellas materiales (senderos, terrazas, miradores) e inmateriales (relatos, rituales, canciones) que lo convierten en un paisaje cultural vivo.

El trazado histórico del camino corresponde a antiguas rutas de intercambio y peregrinación, vinculadas al Sara Kapak Ñan, red vial ancestral que conectaba los pueblos del actual Ecuador con la cosmovisión del sol y del agua.

En este contexto, la práctica del hielo no solo es una actividad económica o ritual, sino un elemento de articulación territorial, donde el trabajo humano y la naturaleza dialogan en un equilibrio ancestral.

Chillo Adriana & Villagómez Jasmin (2019) señalan que la ruta posee un alto valor interpretativo, ya que permite al visitante comprender la historia del hielo desde tres dimensiones:

- Natural: el ecosistema de páramo y la dinámica glaciar.
- Cultural: los rituales, la oralidad y la memoria comunitaria.

- Espiritual: la conexión del ser humano con el Apu Chimborazo.

De ahí que la propuesta de patrimonialización no se limite a conservar un camino físico, sino que busca preservar una forma de vida: la relación simbiótica entre el trabajo, la montaña y la comunidad.

En este sentido, el Camino Histórico de los Hieleros ha sido incorporado como componente cultural y turístico prioritario en el PDyOT de Bolívar, bajo la política de “Fortalecer el turismo comunitario y el patrimonio inmaterial como ejes de identidad provincial”.

4.1.4 La participación comunitaria en la construcción del patrimonio

Uno de los aspectos más relevantes del proceso ha sido la participación activa de la comunidad de Quindihua en la reconstrucción de su propia historia.

A diferencia de otras declaratorias patrimoniales impulsadas desde arriba, en Bolívar la iniciativa surgió desde los actores locales, quienes se reconocieron como herederos del hielo y exigieron que su voz sea parte del relato oficial.

Los talleres participativos organizados por la UEB y el GAD Provincial permitieron recuperar testimonios, mapas de memoria y objetos rituales relacionados con la práctica.

Mujeres, hombres y jóvenes participaron en el proceso, demostrando que la salvaguardia del patrimonio no consiste en congelar la tradición, sino en revivirla mediante la participación social.

Como expresó una comunera durante uno de estos talleres:

“Nosotros no queremos que nos miren como historia muerta. Queremos que nos escuchen como historia que camina.”

Esa declaración resume el espíritu del proceso de patrimonialización: el hielo como símbolo de vida, movimiento y continuidad.

En este contexto, la comunidad no es beneficiaria, sino coprotagonista del patrimonio.

4.1.5 De la memoria colectiva a la identidad provincial

La memoria de los hieleros ha trascendido el ámbito local para convertirse en símbolo de identidad de la provincia de Bolívar.

Las campañas culturales impulsadas por el GAD Provincial y la UEB han integrado el imaginario del hielo en la identidad visual, los programas educativos y los eventos turísticos de la provincia.

El lema “Bolívar, corazón del Chimborazo” refleja esta reivindicación: una afirmación simbólica que reconoce el rol de la provincia como guardiana del nevado más alto del mundo y de su memoria cultural.

De este modo, la patrimonialización del hielo se inscribe en un proceso mayor de reconstrucción identitaria: el paso de la invisibilización a la representación.

Los comuneros de Quindihua, antes considerados solo trabajadores rurales, son hoy reconocidos como portadores de saberes ancestrales y protagonistas de una narrativa que refuerza el orgullo bolivarense.

La identidad provincial se fortalece así desde la diversidad: lo cultural, lo natural y lo espiritual se integran en una misma trama de sentido, donde el hielo actúa como metáfora del equilibrio y la persistencia.

El proceso de patrimonialización del oficio del hielo en Bolívar demuestra que el patrimonio no es un producto estático, sino un acto de memoria, participación y justicia cultural.

Gracias al trabajo conjunto entre las comunidades, la academia y las instituciones, el antiguo oficio de los hieleros ha sido resignificado como emblema de identidad y motor de desarrollo.

El reconocimiento del Camino Histórico de los Hieleros como patrimonio vivo no responde a una nostalgia del pasado, sino a una apuesta por el futuro: un futuro donde la montaña, la palabra y la comunidad sigan dialogando en armonía.

4.2 Educación patrimonial y transmisión intergeneracional

El conocimiento ancestral sobre el hielo y la montaña ha encontrado en la educación el camino más sólido para su permanencia. En la provincia de Bolívar, la transmisión del legado de los hieleros no ocurre únicamente en los espacios comunitarios, sino también en las aulas escolares, universidades y proyectos culturales, donde la memoria se enseña, se recrea y se transforma.

La educación patrimonial, entendida como el proceso de aprendizaje que vincula la identidad cultural con la formación ciudadana, se ha convertido en una estrategia clave para la salvaguardia del patrimonio vivo.

Este apartado analiza las formas en que las instituciones educativas especialmente la Universidad Estatal de Bolívar (UEB), los docentes y las familias de Quindihua han logrado mantener viva la herencia del hielo, integrando la cultura andina, la cosmovisión del Chimborazo y la historia de los hieleros dentro de los procesos formativos.

La educación, en este contexto, no solo transmite conocimiento: restituye la memoria y fortalece el sentido de pertenencia.

4.2.1 La educación patrimonial como eje de continuidad cultural

La educación patrimonial parte del principio de que el conocimiento sobre el pasado no debe limitarse a la historia escrita, sino que debe incluir las experiencias vivas, los saberes locales y las expresiones comunitarias.

Según la Tesis Cultura Andina Bonilla María Fernanda & Reascos Maryurie (2019) “la educación patrimonial constituye una herramienta de revitalización cultural, porque permite que la comunidad se reconozca a sí misma como portadora de conocimiento y como sujeto histórico”.

En Bolívar, este enfoque ha permitido incorporar la memoria de los hieleros en distintos niveles del sistema educativo.

Las escuelas rurales de Quindihua otras de la zona alta de la parroquia Salinas desarrollan proyectos pedagógicos que incluyen la elaboración de murales, dramatizaciones y relatos sobre el trabajo de los hieleros.

Los niños entrevistan a sus abuelos, registran sus historias y las representan en los festivales escolares. Estas actividades, aunque sencillas, generan un impacto simbólico enorme: el pasado se convierte en aprendizaje vivo, y los estudiantes en guardianes de su propia herencia cultural.

La educación patrimonial no busca “enseñar historia”, sino vivenciar el patrimonio. Por eso, los docentes trabajan con metodologías experienciales que integran el territorio como aula y la comunidad como fuente de saber.

El conocimiento sobre el hielo, la montaña y las plantas del páramo se aprende caminando, observando y escuchando, replicando la pedagogía ancestral de los hieleros.

4.2.2 La Universidad Estatal de Bolívar y la pedagogía del territorio

La Universidad Estatal de Bolívar (UEB) ha desempeñado un papel decisivo en la revitalización educativa y científica del patrimonio del hielo.

Desde 2018, las carreras de Turismo y Hotelería, han incorporado contenidos sobre cultura andina, gestión patrimonial y turismo comunitario, convirtiéndose en plataformas de difusión académica del legado de los hieleros

El enfoque pedagógico adoptado por la UEB responde a lo que se establece en los planes de desarrollo locales una estrategia educativa que vincula el aprendizaje con la experiencia directa en el espacio local.

Este modelo ha permitido que los estudiantes aprendan fuera del aula, recorriendo los antiguos caminos del hielo y dialogando con los comuneros que los transitaron.

Los proyectos de investigación denominado “**Determinación de las potencialidades bioturísticas del camino histórico Sara Kapak Ñan, en la provincia de Bolívar**” y “Mi UEB Circuito Turístico Académico” son ejemplos emblemáticos de esta metodología.

El primero busca formar jóvenes como intérpretes culturales del Camino Histórico de los Hieleros, promoviendo la conservación del entorno natural y la memoria oral.

El segundo integra recorridos académicos y vivencias patrimoniales, uniendo turismo, educación y sostenibilidad.

Ambas iniciativas han permitido tejer puentes entre la academia y la comunidad, generando una sinergia que transforma el conocimiento científico en acción social y que convierte a los estudiantes en agentes activos del patrimonio.

4.2.3 Los jóvenes como nuevos guardianes del hielo

La transmisión del conocimiento patrimonial ha encontrado en la juventud un espacio fértil de renovación.

Los estudiantes bolivarenses tanto de las instituciones rurales como de la UEB han asumido el legado de los hieleros como una causa identitaria y ambiental.

A través de dramatizaciones, proyectos audiovisuales y campañas ecológicas, reinterpretan el significado del hielo en el contexto contemporáneo.

Durante las jornadas del proyecto: Determinación de las potencialidades bioturísticas del camino histórico Sara Kapak Ñan, en la provincia de Bolívar (UEB, 2018-2020), varios jóvenes expresaron su motivación:

- “Nuestros abuelos nos enseñaron a respetar el cerro; ahora nos toca cuidarlo de otra forma.”
- “El hielo no está solo en la montaña; también está en nuestra historia. Nosotros somos su voz.”

Estas expresiones reflejan un cambio generacional donde la tradición se convierte en inspiración.

La educación patrimonial, al despertar el orgullo por el territorio, fomenta sentido de pertenencia y liderazgo comunitario.

En muchos casos, los jóvenes se han convertido en promotores turísticos, guías locales o investigadores, fortaleciendo las economías culturales de sus comunidades.

Además, la dimensión ambiental de la educación patrimonial conecta la herencia de los hieleros con los desafíos del presente: la crisis climática, la pérdida de glaciares y la necesidad de promover modelos sostenibles de desarrollo.

En este sentido, el aprendizaje sobre el hielo se convierte también en educación para la sostenibilidad.

4.2.4 El arte, la música y el teatro como formas de transmisión

La educación patrimonial en Bolívar ha trascendido el aula para expresarse en el arte.

En los últimos años, la UEB, la Casa de la Cultura Ecuatoriana y las unidades educativas locales han impulsado proyectos artísticos inspirados en el legado de los hieleros.

Se han producido obras de teatro, exposiciones fotográficas, murales y canciones que revalorizan la historia de Quindihua y su vínculo con el Chimborazo.

En 2021, durante el Festival del Hielo y la Cultura Andina organizado en Guaranda, se estrenó la obra teatral “El Taita y sus hijos de nieve”, escrita y actuada por estudiantes universitarios. La puesta en escena mezcló narración oral, música andina y danza contemporánea, representando el ascenso ritual de los hieleros al Chimborazo.

El evento, transmitido por redes institucionales, tuvo un alto impacto en la comunidad educativa y se convirtió en referente de educación intercultural y creativa.

Estas expresiones artísticas permiten que la memoria se mantenga viva en el lenguaje del presente.

El arte, al igual que la educación, no repite la tradición, sino que la reinterpreta para darle futuro.

Cada mural pintado, cada canción compuesta o video producido sobre los hieleros constituye un acto de transmisión intergeneracional, donde la historia se vuelve emoción y aprendizaje.

4.2.5 La mujer como educadora y portadora de la memoria

La Tesis de Bonilla María Fernanda & Reascos Maryurie (2019) subraya el rol de la mujer como mediadora cultural dentro de los procesos de transmisión del conocimiento andino.

En Quindihua, las mujeres han sido las principales guardianas de la palabra, encargadas de conservar las oraciones, los cantos y las historias del hielo.

Su participación en los proyectos educativos y patrimoniales es fundamental, pues representan la dimensión afectiva y espiritual de la enseñanza.

Muchas de las docentes rurales son descendientes directas de familias de hieleros y han integrado esta identidad en su práctica pedagógica.

Durante las clases, utilizan metáforas del hielo para enseñar valores de respeto, esfuerzo y reciprocidad:

- “Así como el hielo se derrite para dar vida, nosotros debemos aprender a compartir lo que sabemos.”

Esta pedagogía simbólica refleja la continuidad del pensamiento andino dentro de la educación contemporánea.

La figura femenina, tradicionalmente vinculada al cuidado, se proyecta hoy como agente de preservación cultural y liderazgo educativo.

4.2.6 Síntesis interpretativa

El proceso educativo desarrollado en torno al legado del hielo demuestra que la educación patrimonial es una herramienta transformadora, capaz de vincular conocimiento, identidad y sostenibilidad.

En Bolívar, la memoria de los hieleros ha trascendido el ámbito local para convertirse en contenido curricular, inspiración artística y eje de proyectos de desarrollo.

El diálogo entre las generaciones abuelos, padres, hijos y estudiantes constituye el mayor logro de este proceso: una educación que enseña a amar el territorio desde su historia.

Gracias a la labor de la UEB y la Carrera de Turismo y Hotelería, los docentes rurales y las comunidades de Quindihua, el conocimiento ancestral sobre el hielo ha encontrado nuevas formas de expresión, consolidándose como patrimonio vivo en movimiento.

La educación no solo preserva el pasado: lo proyecta hacia el futuro.

El próximo apartado profundizará en esa proyección desde una dimensión económica y territorial, analizando cómo el turismo comunitario y la gestión sostenible han convertido la memoria del hielo en motor de desarrollo local.

4.3 Turismo, desarrollo local y sostenibilidad cultural

El turismo, entendido desde una perspectiva comunitaria y cultural, se ha convertido en una de las estrategias más efectivas para preservar, difundir y dinamizar el patrimonio vivo de la provincia de Bolívar.

El oficio del hielero, antaño actividad de subsistencia, se ha transformado en recurso simbólico y experiencia turística, integrando la memoria de las comunidades de Quindihua y otras de la zona alta de la parroquia Salinas en proyectos de desarrollo sostenible.

Esta tercera entrega aborda cómo el legado de los hieleros del Chimborazo se inserta en las nuevas dinámicas de planificación territorial, particularmente a través del Camino Histórico de los Hieleros, la Ruta Sara Kapak Ñan y los proyectos impulsados por la Universidad Estatal de Bolívar (UEB) y el GAD Provincial.

Lejos de reducirse a la simple comercialización del pasado, el turismo en Bolívar busca recrear la tradición como fuente de aprendizaje, cohesión social y crecimiento económico sostenible.

4.3.1 El turismo como vehículo del patrimonio vivo

El turismo patrimonial no solo genera ingresos, sino que refuerza la identidad cultural al poner en valor las prácticas, los saberes y los paisajes que conforman la memoria de un pueblo.

Según el Gad Bolívar (2024) el turismo comunitario constituye uno de los ejes estratégicos de desarrollo provincial, priorizando la preservación del patrimonio inmaterial y la participación ciudadana.

En este marco, la historia de los hieleros se ha convertido en un recurso turístico diferenciador, capaz de posicionar a Bolívar dentro del mapa nacional de destinos culturales.

La UEB, a través de sus programas de vinculación, ha liderado la construcción de narrativas interpretativas que permiten a los visitantes vivir el patrimonio, no solo observarlo.

En palabras de Chillo Adriana & Villagómez Jasmin (2019):

- “El Camino Histórico de los Hieleros representa una oportunidad única para conectar la memoria andina con el turismo responsable, fortaleciendo el tejido social y la autoestima comunitaria.”

Esta visión concibe al turismo como herramienta pedagógica y de empoderamiento, en la que las comunidades no son objetos del turismo, sino sujetos activos que interpretan y comunican su herencia cultural.

4.3.2 Evaluación del potencial turístico del camino histórico de los Hieleros

El estudio de Chillo Adriana & Villagómez Jasmin (2019) aplicó la Metodología de jerarquización de atractivos turísticos propuesta por el Ministerio de Turismo del Ecuador MINTUR (2016) para evaluar los componentes naturales, culturales y paisajísticos del Camino Histórico de los Hieleros.

Los resultados demostraron que el sitio posee alta jerarquía turística (nivel II), con una combinación excepcional de valores tangibles e intangibles.

El estudio identificó tres tramos principales del recorrido:

- Tramo Guaranda – San Simón: de carácter histórico y religioso, con presencia de arquitectura vernácula y espacios rituales.
- Tramo San Simón – Quindihua: de mayor riqueza paisajística y cultural, donde se conservan los testimonios vivos de las familias hieleras.
- Tramo Quindihua – Natawa – Chimborazo: considerado el núcleo simbólico del recorrido, donde el contacto con la montaña se convierte en experiencia espiritual.

Entre los recursos más destacados se identifican:

- Las rutas ancestrales del Sara Kapak Ñan,
- Los paisajes de páramo y miradores naturales,
- Los sitios de memoria y ceremonias comunitarias,
- Y las narrativas orales que acompañan cada estación del camino.

El diagnóstico recomendó fortalecer la infraestructura interpretativa, la señalización cultural y la capacitación de guías comunitarios, con el fin de asegurar que la experiencia turística no degrade el entorno ni trivialice la espiritualidad del oficio.

Así, el potencial turístico del Camino Histórico no radica en la masificación, sino en la autenticidad: ofrecer al visitante un encuentro humano y reflexivo con la historia de los hieleros y su entorno natural.

4.3.3 Diseño de facilidades turísticas y sostenibilidad

El proyecto de Escobar (2019) titulado “Diseño de facilidades turísticas en el Camino Histórico de los Hieleros”, complementó la evaluación anterior con una propuesta de infraestructura sostenible e inclusiva, destinada a garantizar la conservación del patrimonio cultural y ambiental.

Entre sus principales recomendaciones destacan:

Creación de centros de interpretación comunitaria, concebidos como espacios para la educación ambiental, la exposición de testimonios y la promoción de productos locales.

Acondicionamiento de miradores y zonas de descanso en puntos estratégicos del camino (Quindihua y otras de la zona alta de la parroquia Salinas), contruidos con materiales tradicionales (piedra, madera y paja).

Implementación de señalética cultural y ecológica con información bilingüe (español–kichwa) que explique la historia del hielo, la cosmovisión del Chimborazo y las normas de respeto ambiental.

Diseño de rutas de interpretación temática, articuladas a los proyectos educativos de la UEB y a las comunidades locales.

El principio rector de esta propuesta fue la sostenibilidad cultural y ecológica, entendida como el equilibrio entre uso turístico y conservación patrimonial.

Escobar (2019) enfatiza que “las facilidades turísticas no deben alterar el paisaje ni el sentido simbólico del territorio, sino servir de mediación pedagógica entre el visitante y la comunidad”.

Gracias a estas iniciativas, el turismo del hielo se proyecta como un modelo replicable de turismo cultural comunitario, alineado con los Objetivos de Desarrollo Sostenible (ODS 8 y 11) y con la política nacional de “turismo regenerativo”.

4.3.4 Turismo comunitario: identidad, economía y participación

El turismo comunitario en Bolívar se desarrolla bajo una lógica diferente al turismo convencional. Su finalidad no es la maximización de la ganancia, sino la redistribución equitativa de beneficios, el fortalecimiento de la identidad local y la protección del entorno.

Las comunidades de Quindihua, y otras de la zona alta de la parroquia Salinas participan activamente en la planificación y gestión de las rutas turísticas, elaborando productos que complementan la experiencia:

- Degustaciones de gastronomía local (queso andino, miel, infusiones de hierbas del páramo).
- Venta de artesanías inspiradas en el hielo y el Chimborazo.
- Representaciones simbólicas del trabajo de los hieleros durante festividades.
- Talleres de tejido, alfarería y narración oral.

Estos componentes refuerzan la cadena de valor del turismo local, asegurando que los ingresos beneficien directamente a las familias participantes.

La participación comunitaria también tiene un componente educativo: los guías locales son formados por la UEB y el MINTUR bajo un enfoque intercultural, combinando conocimientos técnicos con saberes ancestrales.

Así, el guía no solo orienta al visitante, sino que actúa como intérprete cultural, narrando las historias del camino, los ritos y los significados del hielo.

Este modelo de turismo comunitario reafirma la idea de que el patrimonio no se conserva aislándolo, sino viviéndolo colectivamente.

4.3.5 Retos y proyecciones hacia la sostenibilidad cultural

A pesar de los avances, el turismo del hielo enfrenta desafíos que deben ser abordados de manera planificada y participativa.

Entre los principales retos identificados por Escobar (2019) y Chillo Adriana & Villagómez Jasmin (2019) se encuentran:

- La falta de infraestructura adecuada y accesibilidad permanente a los tramos altos del camino.
- La escasa promoción institucional a nivel nacional e internacional.
- La necesidad de fortalecer los procesos de capacitación en gestión turística, comunicación y manejo ambiental.

- El riesgo de banalizar el contenido simbólico del patrimonio mediante interpretaciones superficiales.

Frente a ello, las proyecciones del PDyOT Bolívar (2024–2028) proponen una hoja de ruta para el turismo sostenible en la provincia, articulando cultura, educación, ambiente y economía solidaria.

Se prioriza la consolidación de la “Ruta del Hielo y la Montaña” como corredor turístico y educativo, en coordinación con la UEB, el MINTUR y las comunidades, asegurando que el crecimiento turístico no comprometa los valores espirituales del territorio.

La sostenibilidad cultural implica que el turismo sea, ante todo, una forma de cuidar la memoria y fortalecer la identidad.

Cuando el visitante llega a Quindihua, no solo observa un paisaje: entra en contacto con un modo de vida que enseña respeto por la naturaleza y gratitud por la montaña.

El turismo del hielo en Bolívar constituye un ejemplo tangible de cómo una práctica ancestral puede convertirse en motor contemporáneo de desarrollo sostenible.

El tránsito del trabajo físico de los hieleros a la experiencia turística del patrimonio vivo demuestra la capacidad de las comunidades andinas para recrear su herencia sin perder su esencia.

Gracias a la colaboración entre la comunidad, la academia y las instituciones locales, el Camino Histórico de los Hieleros se consolida como ruta educativa, espiritual y económica, donde el visitante no solo

aprende sobre el pasado, sino que participa de un presente activo y comprometido.

La sostenibilidad cultural se traduce, entonces, en un acto de equilibrio: conservar, enseñar y compartir sin destruir.

Como bien señala Bonilla María Fernanda & Reascos Maryurie (2019) “El turismo del hielo no busca congelar la historia, sino mantenerla viva, caminando a la par del Chimborazo y de su gente”.

4.4 Reivindicación provincial y proyección del patrimonio bolivarense

El reconocimiento del oficio del hielo como patrimonio cultural inmaterial de la provincia de Bolívar no solo representa una recuperación de la memoria, sino una reivindicación histórica y territorial.

Durante décadas, el relato nacional centró la atención en el “último hielero” como figura solitaria y heroica, omitiendo el papel de las comunidades bolivarenses que mantuvieron la tradición viva a través de la fe, el trabajo y la transmisión oral.

Este último apartado plantea una reflexión sobre cómo Bolívar ha logrado transformar el silencio en voz, y la herencia en proyección, posicionándose como referente nacional en la gestión del patrimonio vivo.

Desde la educación, el turismo, la investigación y la gestión comunitaria, la provincia se consolida como epicentro de una nueva

narrativa andina, donde la identidad cultural se convierte en motor de cohesión y futuro.

4.4.1 De “el último hielero” a los hieleros de Bolívar: una nueva narrativa patrimonial

El mito del “último hielero del Chimborazo” fue necesario para despertar el interés público por una tradición en riesgo de desaparecer; sin embargo, también generó una visión reducida y centralizada que invisibilizó a los pueblos del entorno del nevado.

Hoy, gracias a los procesos de investigación y patrimonialización impulsados por la Universidad Estatal de Bolívar (UEB), el INPC, y el GAD Provincial, este relato se amplía y corrige: ya no se habla de “el último”, sino de los hieleros, en plural, como símbolo colectivo de resistencia cultural.

En los estudios de García Yadira (2019) y Bonilla María Fernanda & Reascos Maryurie (2019) se demuestra que el oficio persistió en comunidades como Quindihua, otras de la zona alta de la parroquia Salinas, donde la práctica no solo fue laboral, sino espiritual.

Esta relectura reubica a Bolívar en el mapa cultural ecuatoriano, reivindicando su papel como guardiana del Chimborazo y de la memoria del hielo.

La nueva narrativa patrimonial no busca reemplazar el mito, sino complementarlo con justicia histórica, mostrando que la sabiduría andina es plural, comunitaria y profundamente territorial.

En ese sentido, los hieleros de Bolívar representan no el fin de una era, sino el inicio de un modelo de gestión del patrimonio vivo basado en la participación social.

4.4.2 Bolívar como territorio de memoria y patrimonio vivo

El Gad Bolívar (2024) define la identidad provincial como “una síntesis entre la diversidad cultural y la fuerza de la montaña”.

Este planteamiento se materializa en las políticas culturales y turísticas que integran el Camino Histórico de los Hieleros, la Ruta Sara Kapak Ñan y las fiestas del agua y del hielo como ejes de desarrollo territorial.

Bolívar ha logrado consolidarse como territorio de memoria viva, donde los elementos naturales el páramo, las lagunas, el hielo se interpretan como patrimonio y se integran en proyectos de educación, turismo y producción local.

Las iniciativas impulsadas por la UEB, la Casa de la Cultura Núcleo de Bolívar y los GADs cantonales han permitido que la identidad provincial se construya desde el orgullo y la participación, y no desde la nostalgia.

En la actualidad, las comunidades del Chimborazo alto-bolivareño son reconocidas como espacios de patrimonio activo, donde las prácticas culturales se recrean permanentemente.

El patrimonio ya no se concibe como herencia pasiva, sino como proceso dinámico que genera bienestar, empleo y autoestima colectiva.

En palabras de una comunera de Quindihua, registradas en un taller de memoria:

- “Ahora la gente viene a escucharnos. Antes decían que solo éramos trabajadores del hielo; hoy saben que somos parte de la historia del país.”

Esa voz resume el cambio de paradigma: de la marginalidad al reconocimiento, de la invisibilidad a la identidad.

4.4.3 Estrategias de posicionamiento cultural y turístico

El fortalecimiento del patrimonio del hielo como elemento de identidad provincial ha dado lugar a una serie de estrategias de posicionamiento cultural impulsadas por la academia y las instituciones locales.

Entre las más destacadas se encuentran:

La creación de la Ruta del Hielo y la Montaña, promovida por la UEB y el GAD Provincial, que articula a las comunidades de Quindihua y otras de la zona alta de la parroquia Salinas mediante recorridos interpretativos, miradores, talleres y ferias culturales.

Los programas de educación patrimonial integrados al currículo de las carreras de Turismo, Hotelería y Educación, que incluyen módulos sobre cosmovisión andina y gestión del patrimonio inmaterial.

La proyección mediática de la memoria del hielo, a través de documentales, exposiciones fotográficas, podcasts y materiales audiovisuales elaborados por estudiantes y docentes.

La articulación institucional con el MINTUR, INPC y la Casa de la Cultura, para asegurar el reconocimiento oficial de la Ruta como atractivo turístico de jerarquía nacional.

La participación en redes y encuentros internacionales de patrimonio vivo, donde Bolívar ha sido presentada como modelo de gestión intercultural y sostenibilidad.

Estas estrategias han permitido que la historia de los hieleros trascienda las fronteras provinciales, fortaleciendo la imagen de Bolívar como destino cultural y ecológico de alta autenticidad.

El turismo, lejos de fragmentar la tradición, la convierte en lenguaje contemporáneo de identidad.

4.4.4 El Chimborazo como eje de integración regional

El Chimborazo, como montaña sagrada compartida entre las provincias de Bolívar, Chimborazo y Tungurahua, constituye un elemento de integración simbólica y territorial.

Desde la perspectiva bolivareña, el nevado no es frontera sino puente cultural, y su reconocimiento como “montaña de los pueblos” representa un avance en la construcción de una identidad regional articulada.

El Gad Bolívar (2024) incorpora esta visión al proponer la consolidación del Corredor Turístico Cultural del Chimborazo, que une rutas de patrimonio natural, arqueológico y espiritual bajo un enfoque de turismo sostenible e interculturalidad.

En este corredor, el Camino Histórico de los Hieleros actúa como eje vertebrador de las memorias andinas y como símbolo de equilibrio entre ser humano y naturaleza

La proyección regional del Chimborazo, impulsada por la UEB y los GADs provinciales, abre oportunidades para el desarrollo académico, turístico y educativo, promoviendo el intercambio de saberes entre comunidades.

El hielo, en este contexto, deja de ser un recurso físico para convertirse en metáfora de integración, resistencia y esperanza andina.

4.4.5 El futuro del patrimonio bolivarense: educación, innovación y comunidad

El futuro del patrimonio en Bolívar depende de su capacidad para articular memoria e innovación, tradición y desarrollo.

La UEB ha proyectado líneas de investigación y acción orientadas a consolidar una “Escuela del Patrimonio Vivo”, que integre saberes ancestrales, gestión cultural y tecnologías aplicadas al turismo sostenible.

Esta propuesta busca convertir la experiencia de los hieleros en un laboratorio de aprendizaje intercultural, donde la memoria sirva de inspiración para nuevas formas de producción creativa y educativa.

Asimismo, se promueve el fortalecimiento de emprendimientos culturales vinculados a la identidad local: productos turísticos con valor

simbólico, publicaciones académicas, ferias patrimoniales y rutas interpretativas diseñadas por los propios comuneros.

Estas iniciativas reflejan una nueva fase en la gestión cultural de Bolívar, en la que el patrimonio ya no se “preserva” desde la distancia, sino que se vive, enseña y comparte desde la comunidad.

La reivindicación del patrimonio del hielo ha permitido a Bolívar reconstruir su identidad desde la memoria y proyectarla hacia el futuro.

Lo que alguna vez fue símbolo de sacrificio y anonimato, hoy se erige como emblema de orgullo, sabiduría y sostenibilidad.

El proceso de patrimonialización, educación y desarrollo territorial demuestra que la cultura no es un recurso agotable, sino una fuerza regenerativa capaz de transformar la economía, la educación y la percepción del territorio.

Los hieleros de Bolívar ya no cargan bloques de hielo sobre sus hombros, pero siguen sosteniendo la historia sobre sus palabras.

El Chimborazo, testigo de siglos de trabajo y fe, continúa siendo el corazón espiritual de una provincia que aprendió a convertir el frío en esperanza y el esfuerzo en identidad.

Así, Patrimonio Vivo en las Faldas del Chimborazo concluye reafirmando un principio esencial:

“El hielo puede derretirse, pero la memoria que lo guarda nunca se apaga.”

BIBLIOGRAFÍA

Bonilla Maria Fernanda, & Reascos Maryurie. (2019). CONOCIMIENTOS ANCESTRALES CON FINES TURÍSTICOS EN LA RUTA SARA KAPAK ÑAN, CANTÓN GUARANDA, PROVINCIA BOLÍVAR, AÑO 2019.

Bonilla Valverde, J. E. (2014). EVALUACIÓN DEL POTENCIAL TURÍSTICO DE LA COMUNIDAD QUINDIHUA CENTRAL, PARROQUIA GUANUJO, CANTÓN GUARANDA, PROVINCIA DE.

Falconi Diego. (2015). Los hieleros del Chimborazo y Baltazar Ushca, el tiempo congelado. Extravio, 20. <https://doi.org/10.1016/j.extravio.2015.08.001>

Fernando Romero, Eduardo Muñoz, Carla Arguello, & Monserrat Zurita. (2018). Hacia un manejo adaptativo de la Reserva de Producción de Fauna Chimborazo y su zona de amortiguamiento. Sistematización de la aplicación de la metodología Manejo Adaptativo de Riesgo y Vulnerabilidad en Sitios de Conservación (MARISCO). www.giz.de

Gad Bolívar. (2024). Plan de Desarrollo y Ordenamiento Territorial.

García Yadira. (2019). ESTUDIO ETNOGRÁFICO DE LOS HIELEROS DEL CHIMBORAZO, COMO ELEMENTO DINAMIZADOR PARA EL DESARROLLO TURÍSTICO DEL CAMINO ANCESTRAL DEL SARA KAPAK ÑAN,

COMUNIDAD QUINDIHUA, CANTÓN GUARANDA,
PROVINCIA BOLÍVAR, AÑO 2018-2019.

García-García, Y. M., Sánchez-Chávez, Germán P, Arcos-Bosquez, V. M., Torres-Cadena, & Juan P. (2020). Ice extraction in the Chimborazo in Ecuador: A job that transcends history. 41(21), 2020. <https://www.revistaespacios.com>

García-García, Y. M., Sánchez-Chávez, Germán P, Arcos-Bosquez, V. M., Torres-Cadena, & Juan P. (2020). Extracción del hielo en el nevado Chimborazo en Ecuador: un trabajo que trasciende en la historia. 41(21), 2020. <https://www.revistaespacios.com>

Gustavo Guayasamin, & Igor Guayasamin. (1980). EC Salta navegación Buscar Crear Imagen del avatar Los Hieleros del Chimborazo.

Hidalgo, D., Domínguez, C., Villacís, M., Ruíz, J. C., Maisincho, L., Cáceres, B., Crespo-Pérez, V., Condom, T., & Piedra, D. (2024). CARIHUAIRAZO GLACIER RETREAT AND ITS PERCEPTION IN THE CUNUCYACU COMMUNITY. Granja, 39(1), 94–116. <https://doi.org/10.17163/lgr.n39.2024.06>

IGEPN. (2025). Nevado Chimborazo.

INAMHI. (2025). INAMHI.

INPC. (2013). Presidente de la Casa de la Cultura Ecuatoriana Coordinación Editorial Producción INPC-Regional 6 Foto

Portada Foto Contraportada Diseño y Diagramación Comentarios
y Sugerencias. [Www.inpc.gob.ec](http://www.inpc.gob.ec)

MAATE. (2025). Reserva de Producción de Fauna Chimborazo.

Moreno, S. (1981). Etno-historia.

PDOT Parroquia Salinas. (2024). Plan de Desarrollo y Ordenamiento
Territorial de la Parroquia Salinas.

Ramón Valarezo, G. (2008). PARAMO: una mirada histórica.

Tania González R, Catalina Campo Imbaquingo, José E. Juncosa, &
Fernando García S. (2022). Antropologías hechas en Ecuador.

Tania González R., Catalina Campo Imbaquingo, José E. Juncosa B., &
Fernando García S. (2022). Antropologías hechas en Ecuador.

Tuaza Castro, L. Alberto. (2018). Anejos libres e indios sueltos : La
Moya y sus alrededores. GCNP/Unach, Universidad Nacional de
Chimborazo.

UNESCO. (2024). Textos fundamentales de la Convención para la
Salvaguardia del Patrimonio Cultural Inmaterial de 2003.
<https://doi.org/https://ich.unesco.org/es/convención>

UNESCO. (2025). Desarrollo sostenible y patrimonio vivo. 2025.

Vasquez Niama, D., & Echeverria Maggi, D. X. (2022).
Posicionamiento de la imagen de Baltazar Ushca y su incidencia
en la memoria histórica de la parroquia Maldonado. Killkana

Social, 6(3), 19–32.
<https://doi.org/10.26871/killkanasocial.v6i3.1049>.



**Patrimonio vivo en las faldas del chimborazo: la historia de los
hieleros de la provincia de Bolívar, se publicó en el mes de
diciembre de 2025.**

ISBN: 978-9907-0-0538-7

**Grupo Editorial BLR
Ecuador
Cel: +593 98 320 4362
<https://grupoblir.com/>
publicaciones@grupoblir.com**

BIOGRAFÍA DE LOS AUTORES

Germán Patricio Sánchez Chávez:

Ingeniero en Ecoturismo, Magíster en Gestión y Desarrollo Social, Master en Planificación y Gestión Sostenible del Turismo. Especialista con amplia experiencia en desarrollo turístico local en ONGs y sector público del Ministerio de Turismo. Actual Coordinador de Carrera de Turismo y Hotelería, Universidad Estatal de Bolívar. Investigador Agregado 1 SENESCYT..

Verónica Maribel Arcos Bósquez:

Magister en Planificación y Gestión de Proyectos Agroturísticos y Ecológicos, Licenciada en Administración de Empresas en Turismo y Hotelería. Docente Titular de la Universidad estatal de Bolívar a partir del año 2016, previa experiencia como docente contratada en la carrera de Turismo y Hotelería y en el Sistema de Nivelación y Admisión desde el año 2012 además de la experiencia adquirida en el área. Capacitaciones recibidas y aprobadas en el área investigación, Pedagogía y Didáctica; así como capacitación profesional en el área.

Juan Pablo Torres Cadena:

Licenciado en Turismo y Hotelería (Universidad de Guayaquil), Magíster en Gestión Sostenible Turística (Universidad Internacional de Andalucía), Máster en Dirección de Empresas Turísticas (Universidad de Huelva), Doctor en Turismo (Universidad de Málaga). Investigador acreditado agregado 1 SENESCYT con más de 35 publicaciones indexadas. Profesor universitario con 12 años de experiencia, ex Coordinador de Turismo y Hotelería, Universidad Estatal de Bolívar.

Alexis Gabriel Reinoso Haro:

Ingeniero en Ecoturismo y Magister en Turismo, investigador inscrito en SENESCYT. Cofundador y COO de Payani Tour Operadora. Experiencia en consultorías para la planificación y desarrollo de destinos, así también, trabajando en distintos gobiernos descentralizados. Docente de la Universidad Estatal de Bolívar, participando en proyectos de investigación y vinculación turística.

PATRIMONIO VIVO EN LAS FALDAS DEL CHIMBORAZO: LA HISTORIA DE LOS HIELEROS DE LA PROVINCIA DE BOLÍVAR

Estimado lector, el libro es un profundo homenaje a la memoria, el trabajo y la espiritualidad de la comunidad de hieleros de la provincia de Bolívar, quienes han mantenido una relación ancestral e intacta con el volcán Chimborazo. A través de sus páginas, la obra rescata la historia de estos hombres y mujeres de fe y esfuerzo que, durante generaciones, ascendieron a la montaña para extraer el hielo.

El texto revela que, para ellos, el hielo no era simplemente una mercancía, sino una manifestación de reciprocidad con la Pachamama y una expresión del equilibrio ancestral. Escrito con rigor académico y sensibilidad cultural, el libro es considerado un hito en la producción intelectual de la provincia, pues no solo rescata las voces de los comuneros de Quindihua, sino que las sitúa dentro del relato nacional, desmintiendo el mito del "último hielero" al afirmar que en Bolívar el oficio sigue vivo en la palabra, la fe y las prácticas cotidianas de su gente.

La obra promueve la patrimonialización del oficio del hielo como un acto de justicia cultural, reconociendo que la historia se construye con el trabajo de sus manos. Finalmente, el libro invita a repensar el patrimonio no como una reliquia inmóvil, sino como una energía viva que fluye entre generaciones, dignificando la historia de la comunidad y fortaleciendo su identidad de cara al futuro.

Agradecemos a todos los lectores que se acercan a esta obra con ánimo de aprender, aplicar y transformar.



Grupo Editorial BLR
Ecuador
Cel: +593 98 320 4362
<https://grupobl.com/>
publicaciones@grupobl.com

ISBN: 978-9907-0-0538-7



9 789907 005387